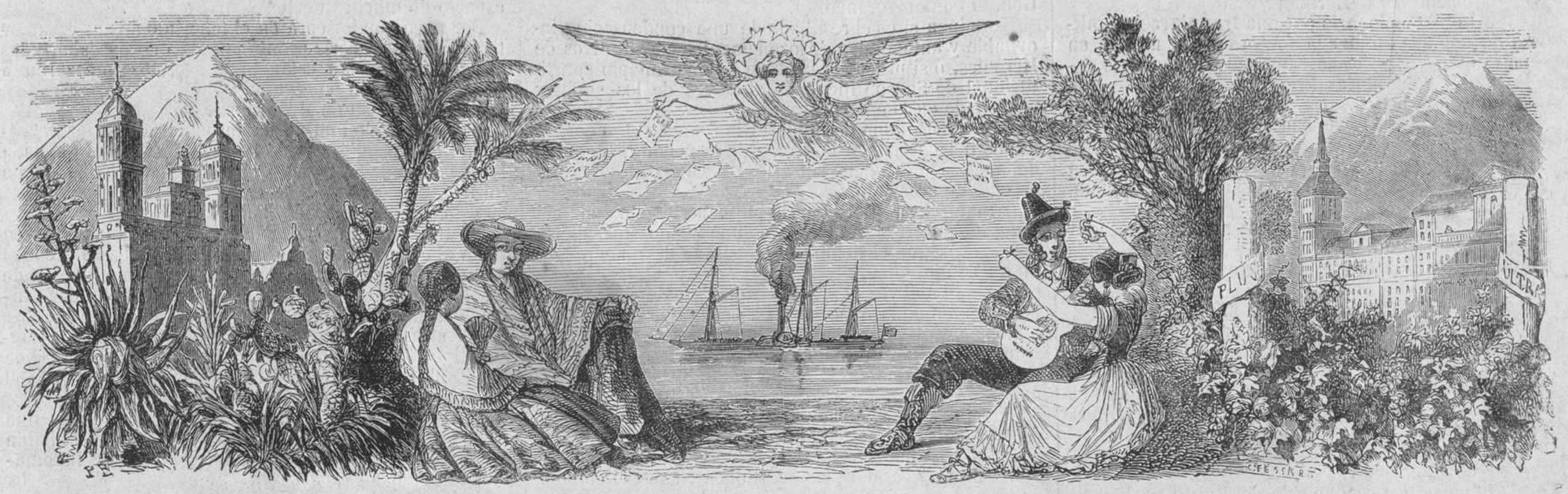
EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — Tomo XXII.

Editores propietarios : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 22. — Nº 560.

SUMARIO.

Nuevos uniformes polacos; grabado. — **M. Herman y el hombre-cañon.** — **El fuego.** — **El conde de Barcelona.** — **Campamento de las tropas rusas en la plaza de Armas de Varsovia**; grabado. — **Palacio habitado por el general Mourawieff en Vilna**; grabado. — **El comandante Aymar de Foucault**; grabado. — **Celebracion de la toma de Puebla en Rio Janeiro**; grabado. — **Revista de Paris.** — **Si haces mal no esperes bien.** — **Incendio del serrallo en Constantinopla**; grabado. — **La embajada annamita en Francia**; grabado. — **Don Ricardo Palma.** — **Exposicion de bellas artes en 1863**; grabados. — **Los últimos cuentos de Edgardo Poe.** — **Revista de la moda.** — **El faro de los Triagos**; grabado. — **Cadáveres encontrados en Pompeya**; grabado. — **Problemas de ajedrez**; grabado.

M. Herman y el hombre-cañon.

Estamos en presencia de dos hombres extraordinarios que á un mismo tiempo se disputan nuestra atencion.

¿Quién es Herman?

Herman es una especie de símbolo.

Es la representacion viva de una cosa que tiene muchos nombres. Se llama razon moderna, filosofía moderna, derecho moderno, justicia moderna.

3 Segadores. 5 6 1 Lanceros. 2 4 Cracoviano. 8 7 Cazadores.

NUEVOS UNIFORMES POLACOS.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Se llama tambien prestidigitacion.

A primera vista Herman no es mas que un jugador de manos.

Esto es, un saco lleno de incidentes inesperados, de sorpresas imprevistas, de efectos maravillosos.

¿Qué hace Herman?

La verdadera contestacion de esta pregunta se encuentra admirablemente encerrada entre dos interrogaciones.

¿Qué no puede hacer Herman?

El espíritu revolucionario por una trasmigracion misteriosa ha venido á tomar la forma de dos manos, en las cuales todo se trasforma, aparece y desaparece segun la voluntad del que las dirige.

Es el sofisma práctico.

No creer lo que se le ve hacer, seria casi negar la evidencia.

La razon avergonzada se oculta sin saber explicarse lo que admira, y el prestidigitador, si no convence, subyuga.

Y parece mentira que la razon se resista á creer en sí misma al verse de bulto.

Lo que Herman ejecuta todas las noches, es lo que la razon hace todos los dias.

La razon prueba con palabras, Herman con hechos.

La ha traducido con irresistible exactitud.

La prestidigitacion es á la razon humana lo que el mono al hombre: su caricatura.

De la misma manera que Herman prueba que en el fondo de un huevo se oculta una moneda de oro, nos ha probado la razon que en la discusion está la luz.

Hay sin embargo una diferencia que debe consignarse á pesar de que salta á los ojos.

Con la moneda de oro que sale del huevo no hemos podido comprar nada; pero con la luz que sale de la discusion hemos visto muchas veces las estrellas.

El asombro que Herman produce es el mismo que el error causa.

Es el entusiasmo con que nos inflaman las ideas en que no creemos.

La prestidigitacion está en el fondo de todos los grandes sucesos.

La mas admirable de todas las prestidigitaciones es la que poseen algunas mujeres, con la cual impiden que los años pasen por ellas.

El interés es el primer prestidigitador del mundo.

Nadie como él trasforma los hombres, los sucesos y las opiniones.

Mucho mas hábil que la virtud y que la verdad, hace de un perverso un santo, de un corazon frio un corazon tierno, de un pobre un rico. El interés, que está en todas partes menos en la literatura dramática de estos dias, ha puesto la prestidigitacion á una altura á que Herman no alcanza.

Ha hecho de la prestidigitacion una verdadera ciencia, de la cual arrancan numerosos axiomas que pasan á enriquecer la abundante mina de los conocimientos humanos.

El estético mas escrupuloso se ve precisado á bajar la cabeza ante esta profunda verdad:

La mujer mas fea deja de serlo al lado de un dote de cincuenta mil duros.

El dolor no tiene mas remedio que encogerse de hombros y reconocer que los duelos con pan son menos.

No hay un hombre á quien le caiga el premio gordo de la lotería que no sea otro hombre al dia siguiente.

¿El papel no es continuamente objeto de las prestidigitaciones del interés?

¿No es el interés el que pasa á los hombres políticos de un partido á otro?

La belleza mas intratable tiene siempre una sonrisa para el mas rico.

Será capaz de sonreirse aunque tenga los dientes feos.

Herman no puede llegar nunca á tanto, porque un hombre no conseguirá jamás reunir la habilidad y el talento de que ha sido dotado el interés.

Sin embargo, es un objeto de admiracion.

Tiene la maravillosa facultad de acertar el pensamiento.

Yo quiero despojarle de la gloria que pueda adquirir con semejante privilegio.

En esta época que cada uno tiene su modo de hablar, no hay mas que un solo pensamiento.

Es un pensamiento personal reducido á estas dos letras: *Yo*.

Nadie piensa mas que en sí mismo.

Obsérvese bien el movimiento de la sociedad y se verá claramente que cada uno sigue el camino que va á parar á él.

Como cada uno no tiene costumbre de verse mas que á sí solo, cuando aparece retratado con la multitud, se mira y no se conoce.

Por eso no ve en los juegos de Herman un sarcasmo á su razon ni una caricatura de su egoismo.

Está delante del prestidigitador como un ciego que recobra repentinamente la vista delante de un espejo.

¡Qué asombro se causaria á sí propio!

Preguntaria lleno de admiracion y curiosidad la explicacion de aquel fenómeno que producia él mismo.

¿Qué cosa mas extraordinaria, mas nueva y mas incomprensible que Herman?

Herman es la sociedad.

El último juego que Herman hace sin saberlo, es llevarla corriendo detrás de sí mismo.

Nunca caerá ella en la verdad de este absurdo.

Volvamos la hoja y tropezaremos con el reverso de la medalla.

El *hombre-cañon* es la espalda de Herman.

Es un ser excesivo, una especie de elefante humano, á cuyo conjunto seria un verdadero abuso llamarle economía animal.

Geográficamente considerado es una montaña, y mecánicamente examinado es una fuerza viva de algunos caballos.

Investiguen los filósofos modernos con arreglo á la doctrina de Kant ó de Hegel la razon histórica de este Goliath contemporáneo.

Examinen si es el resultado de una condensacion inevitable y autonómica de los elementos constitutivos de Hércules, ó si procede mas bien de un principio constitucional de Sanson incubado al través de los siglos y encarnado en la edad presente.

La verdad es que descubierta la fuerza del vapor, la fuerza del derecho y la fuerza de la palabra, la fuerza del *hombre-cañon* debe ser á los ojos de la filosofía una especie de arcaismo.

La naturaleza al producirle ha incurrido sin duda alguna en un error de fecha, confundiendo sin saberlo dos épocas que el tiempo ha separado de manera que no pueden juntarse.

Así es que al ver al *hombre-cañon*, se ve clara y perfectamente que la naturaleza ha hecho una barbaridad.

No se necesita un grande esfuerzo filosófico para convencerse de que no tiene razon de ser, puesto que la naturaleza misma lo presenta como un abuso de la fuerza.

Sin embargo, el *hombre-cañon* debe tener á los ojos de los hombres prácticos mas importancia de la que á primera vista parece.

Las bromas pesadas, las cuestiones graves, el empuje de los acontecimientos, la presion de las circunstancias, la inflexibilidad de la lógica y la resistencia de la ley, son para él obstáculos insignificantes.

Véasele en el circo de Price ó en medio de la plaza de toros levantar sobre sus hombros un cañon de á ocho con la misma soltura que pudiera hacerlo una cureña, y resistir una explosion de la pieza con la misma impasibilidad que una muralla.

Véasele entretejer su cuerpo en los tirantes de dos briosos caballos, asirse con las manos á un objeto que le sirva de apoyo, y en vano el látigo cayendo sobre los caballos y los caballos levantándose sobre el pavimento, querrán doblar la tension formidable de aquellos músculos que se señalan en la piel como las montañas en la tierra.

Si el arranque irreflexivo de los caballos, mas dispuestos á correr que á tirar, no es una prueba completa, míresele vencer el esfuerzo lento, tenaz y constante de un par de bueyes que doblan avergonzados sus cabezas y hunden inútilmente sus anchas pezuñas en la tierra sin poder adelantar un paso.

Dígase ahora si para este hombre puede haber bromas pesadas, ni cuestiones graves, ni empujes, ni presion, ni inflexibilidad, ni resistencia.

Pero la gran prueba de su fuerza no debe medirse por el sacudimiento del cañon, ni por el arranque impetuoso de los caballos, ni por la testaruda violencia de los bueyes.

La gran prueba no se encuentra anunciada en los carteles, ni se halla prevista en el programa del espectáculo.

No es una cosa dispuesta de antemano y preparada convenientemente; es una prueba espontánea que resulta como el sonido al choque de dos cuerpos sonoros.

Calcúlese la rapidez del movimiento que nos arrastra en la época presente, teniendo en cuenta el poderoso impulso con que debe precipitarse un cuerpo tan grave como la humanidad, al descender ansiosa por la pendiente del abismo en cuyo fondo deben estar los pensamientos mas profundos en cuya busca vamos.

Calculada esta fuerza que nos empuja como un torbellino, calcúlese la que seria necesaria para contenerla.

Pues bien, yo he visto á esa humanidad bajo la forma de ocho mil espectadores, quedarse parada ante la monstruosa fuerza del *hombre-cañon*, como los caballos y como los bueyes.

He visto mas; la he visto suspensa, pendiente de sus rudos miembros, oprimida por la fatiga de la fuerza que hacia el mismo que la sujetaba.

Yo no sé la fuerza que se necesita para tener á un tiempo á ocho mil espectadores con la boca abierta; pero me parece que es el *maximum* de fuerza á que se puede llegar.

El público acude á la fuerza del *hombre-cañon*, y los espectadores del circo de Price, para ser en todo variables, reunen en cada funcion un número igual de espectadores, esto es, un lleno diario.

Del circo de Recoletos al circo de la plaza del Rey, hay la distancia á que naturalmente se hallan colocados un ejército y un congreso, una guerra y una discusion; el fuego de la palabra y el fuego de la artillería; la distancia que media entre una nota diplomática y una carga á la bayoneta; la que hay en fin entre la habilidad y la fuerza.

Así es que del circo de caballos al teatro del Circo, no hay mas que un paso.

M. Herman está detrás del *hombre-cañon* como la idea detrás de la palabra, como el alma detrás de la cara.

Cuando la fuerza como un grito de los tiempos bárbaros viene á encadenar nuestra atencion, y á imponernos el tributo del asombro y la contribucion que todas las noches se paga en el circo de Price, la habilidad no podia permanecer ociosa dejándose arrancar por la fuerza las conquistas alcanzadas con la virtud maravillosa de tantos cubiletes y de tantos juegos de manos.

M. Herman se habia despedido del público sobre sus doscientas veces, anunciando todos los dias la última funcion.

Si habia agotado el repertorio de sus juegos desde la quinta funcion, dentro de su habilidad estaba el recurso de un nuevo juego que llamara al público al teatro por espacio de muchas noches.

Por poco que buscara en el laberinto de sus escamoteos, debió parecerle pronto la idea que buscaba, y los carteles que debian estar en el secreto, empezaron á gritar de esquina en esquina:

Ultima funcion de M. Herman.

El público que aun no habia penetrado en los secretos de la prestidigitacion, tomó el anuncio al pié de la letra, sin caer en la malicia de que se trataba de un juego.

Aquí empieza el prodigio de la habilidad.

M. Herman empieza á sacar últimas funciones en tanta abundancia, que no ha concluido todavía. Todo el mundo ha pagado repetidas veces la última funcion de M. Herman, y sin embargo M. Herman no ha dado todavía su última funcion.

Y á un mismo tiempo, la gente arrastrada por la fuerza del *hombre-cañon*, llena el circo de Price, y atraida por la última funcion de M. Herman, llena el teatro del Circo.

La habilidad mucho mas exigente que la fuerza, una vez puesta en el camino de las últimas funciones, habia de buscar un nuevo recurso que oponer á los indomables músculos del *hombre-cañon*.

M. Herman solo podia acometer semejante empresa, y comprendiendo en toda su profundidad la fuerza de un bolsillo no satisfecho en combinacion con el principio de enseñar divirtiendo, hace del teatro una escuela, de la prestidigitacion una materia mas de la instruccion pública, del público una coleccion de alumnos, y anuncia que cada noche va á enseñar uno de los misteriosos secretos de sus raros prodigios.

Verdaderamente, M. Herman no tiene derecho para disponer de unos conocimientos cuyo secreto forma el patrimonio de todos los prestidigitadores.

Es indudable que esa especie de desamortizacion hecha en su exclusivo beneficio, es un despojo.

Pero se trata de enseñar.

¿Quién no quiere aprender aunque no sea mas que lo preciso para engañar á sus semejantes?

¿Quién no se deja engañar una vez siquiera por saber cómo podrá él engañar á otro?

Estamos pues asistiendo á la lucha de los tiempos bárbaros con los tiempos modernos, la lucha de la fuerza y de la habilidad.

Estos dos hombres extraordinarios vienen á ser la síntesis de la época, á saber:

La punta de la lengua y la punta de la espada; juegos de palabras y juegos de armas: la supercheria y la fuerza.

El fuego.

La naturaleza, como las mujeres elegantes, tiene un vestido para cada estacion.

En cada una muestra flores distintas, pájaros diversos, colores diferentes, otro sol, otros perfumes, otros aires, otras nubes; casi pudiéramos decir que otra naturaleza.

Para cada estacion tiene su cielo, como tiene el hombre para cada época de su vida una fisonomía distinta y un pensamiento nuevo.

El corazon humano es tambien un termómetro que señala los cambios de la temperatura por medio de un amor que muda de objeto, segun está el sol en Aries, en Leo, en Libra ó en Capricornio.

En la primavera, es el amor á la sombra; en la canícula, el amor á los baños; en el otoño, el amor al sol; en el invierno, el amor á la lumbre.

De esta pasion se puede decir que tiene hoy esclavizado el sentimiento público.

El frio, semejante á un crítico imparcial profundo é irrecusable, hace sentir en todas partes los poderosos encantos, el irresistible atractivo de una chimenea encendida.

El amor á las mujeres, el amor á los hijos y el amor á la patria no han tenido jamás tantos prosélitos. Dicen que mirando correr el agua suele curarse esa misteriosa enfermedad del alma que se llama tristeza; pero yo he observado que no hay nada mas triste que el invierno, que el agua cuando se hiela no corre, y he observado tambien que el agua se hiela todos los inviernos.

Así es que los tristes se moririan de tristeza si la llama ágil y revoltosa no fuera en el invierno el consuelo de los tristes.

Ahora comprendo por qué el agua y el fuego son dos enemigos irreconciliables. Ambos se disputan el consuelo de los tristes, como los médicos la salud de los enfermos, como los partidos la felicidad de los pueblos.

Permítanme Vds. que no me aparte de la chimenea: estoy triste y el cielo se ha vestido el traje con que suele aparecer los dias que nieva.

Aquí al amor á la lumbre dejaré caer sobre el papel mis pensamientos, que saldrán á luz vestidos de negro. La tinta es el traje de luto de los pensamientos.

Parece que salen á luz como los niños, llorando.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El alma se aflige al verse encerrada dentro del sombrío calabozo de la carne, y el pensamiento se resiste á sufrir las ligaduras de la palabra.

Extraño misterio: yo me pierdo en las profundidades de un absurdo que se me aparece bajo la forma de esta pregunta:

¿Porqué todo lo que es inmortal se muestra afligido al sentir sobre sus hombros el peso de la vida?

En vano se han inventado tintas de varios colores; siempre se escribirá con tinta negra.

La llama que se agita impaciente en el fondo de la chimenea, interrumpe mis reflexiones.

Se mueve con la vivacidad de una niña que quisiera absorber toda mi atencion.

Parece un espíritu compuesto de estos tres colores: azul, blanco y rojo.

Hay momentos en que se queda inmóvil, como si se sintiera detenida por un pensamiento repentino; pero pronto vuelve su impaciente movilidad.

Ahora se empina derecha y brillante como la hoja de una espada; ya se deja caer lamiendo ansiosa la corteza de los troncos, chupando de ellos la sustancia que la anima; ya los rodea, los envuelve, los ciñe, los oprime, mientras ellos gimen, yo no sé si de placer ó de dolor.

El humo se escapa blanco y ligero por el cañon de la chimenea, jugando con el aire, como un alma que se escapa del cuerpo: la leña abrasada salta en chispas encendidas como si quisiera deshacerse del fuego que la consume, y entre tanto la llama triunfa como una pasion desordenada.

Me parece la chimenea un pequeño teatro donde se representa un drama terrible.

La accion, el argumento, los personajes y el desenlace son siempre los mismos; pero el espectáculo es siempre nuevo.

Ved aquí una mujer de vida brillante, de naturaleza ardiente, que abrasa cuanto toca, que devora uno tras otro los objetos de su pasion, y que al fin débil, extenuada, consumida, espira sobre las cenizas de su última víctima.

Los hombres cerca de esta mujer no son mas que troncos que viven el tiempo que duran, y brillan solo por el fuego que los consume.

Aquí al amor de la lumbre, al dulce calor de la llama que devora los troncos, se siente hervir en la cabeza una multitud de pensamientos brillantes y fugitivos como la llama, vagos como el humo.

¡Con qué placer me acerco ahora á este elemento misterioso que al mismo tiempo me llena de calor y de pereza!

¡Con qué dulzura se duerme un hombre en los brazos de una chimenea!

El fuego es el rey de la naturaleza.

Calienta y alumbra.

Sus colores son los del oro, los de la púrpura, los del acero.

Decidme si hay algun sentimiento que pueda existir sin él.

El alma no es mas que la chispa de una llama que no se apaga jamás.

El amor, la poesía, la elocuencia, cada una de estas cosas tiene su fuego; por eso se dice: el fuego del amor, el fuego de la poesía, el fuego de la palabra.

¿Quién es capaz de explicar la emocion ardiente que sacude las fibras del corazon del soldado al escuchar la voz de «fuego?»

La patria es el horno donde se funden los héroes.

La fe es la llama que enciende el alma de los mártires.

La virtud es la luz que ilumina á los santos.

Aun brilla el fuego que devoró las naves de Hernan Cortés.

¿Qué corazon, por duro que sea, no se deshace al calor profundo y reconcentrado de una mirada de fuego?

Decidme si hay alguna cosa mas hermosa que el sol, mas bella que un relampago, mas majestuosa que la inflamacion de un volcan, mas imponente que un incendio, mas agradable que una chimenea encendida.

El trueno es la voz del fuego.

¿Qué han dicho nunca unos ojos apagados? El hombre no es mas que un pedazo de leña á quien devora la llama de la vida; por eso cuando caemos consumidos no somos mas que un monton de cenizas.

Conozco mucha gente que no se ha ahogado nunca, pero no conozco á nadie que no haya sido abrasado alguna vez por el fuego de las pasiones.

Yo hago un silogismo que no tiene réplica.

El amor no es mas que un poco de fuego.

Suprimid el fuego, y habreis suprimido la posteridad.

En el fuego hay algo de supremo, de divino, de inviolable: es tal vez la única cosa sobre la que no puede el hombre poner sus manos.

Como si quisiera conservar la pureza de su esencia, se rodea de aire encendido para detener los pasos del curioso que se le acerca.

¿Quereis alborotar una familia, consternar un barrio y conmover á una ciudad? Pues no teneis mas que echar al aire estas dos palabras aterradoras: «Fuego, fuego.»

Gritad: «Agua,» y todo el mundo lo oirá como quien oye llover.

Una gota de agua, ni limpia, ni mancha, ni apaga la sed, ni moja, ni pesa.

Una chispa de fuego lleva dentro de sí el terrible poder de abrasar al mundo.

Se ve la nube negra é hinchada que va á derramar sobre la tierra torrentes de agua; pero ¿quién ha visto el rayo antes de que brille?

No hay en la naturaleza una sustancia que pese tanto como el fuego.

La mano mas vigorosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana.

No hay al mismo tiempo nada mas leve que una llama: un soplo se la lleva.

Ante el fuego el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda.

Y ¡raro contraste! por él es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro.

Delante de mí lo tengo llameante, ligero, insaciable; siempre el mismo y siempre otro.

Lo veo entretenido en devorar unos cuantos pedazos de encina que no se atreven á resistirlo.

¿A dónde irá así que consuma la última astilla?

El está en todas partes.

Llamad con lo mas frio, que es el acero, sobre lo mas insensible, que es la piedra, y al primer golpe os saltará á los ojos en una nube de chispas.

¿Porqué una cosa tan limpia, tan brillante, tan ligera, deja tan negro el camino por donde pasa?

La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.

JOSE SELGAS.

El conde de Barcelona.

(Conclusion.)

A una seña del emperador lanzáronse entrambos combatientes con el mismo denuedo, mas con distinta fortuna. Gontran apenas abarcó la tercera parte de la carrera, al paso que salvando de tres botes un espacio doble, el conde de Barcelona cayó sobre él. Hubo un momento en que no se vió mas que un choque espantoso, astillas de lanza, chispas á millares y polvo y confusion; mas al punto el corcel de Gontran se levantó sin jinete, mientras que el cadáver de su dueño, atravesado por la lanza de su enemigo, quedaba tendido en el suelo, revolcándose en su sangre. Corrió el conde á sujetar el caballo de su contrario, llevándole de las riendas hasta tocar la barrera con su grupa, lo cual era señal de que se levantase. Estaba vencido; mas la precaucion era inútil. Gontran no debia parecer en otro tribunal que el de Dios.

Resonó en toda la muchedumbre un grito unánime de alegría, porque los votos de todos estaban de parte del jóven y gallardo caballero. Levantóse en pié el emperador gritando: buena mano. Dulce agitó su banda; la emperatriz prosternóse de rodillas.

Bajó entonces el verdugo lentamente de su tablado, desató el casco, que tiró por la arena, y arrastró de los cabellos el cadáver hasta el féretro, volviéndose en seguida á su puesto señalado.

Inmediatamente acercóse el conde á saludar al emperador, á la emperatriz y á la marquesa de Provenza, pidiendo á renglon seguido que se sirviese presentarse Gualtero de Than.

Fué este introducido; pero cuando vió á Gontran cadáver, y supo que un solo golpe bastara para tenderle y enviarle al otro mundo, en lugar de acercarse al altar para prestar su juramento, fuese derecho hácia el emperador, y apeándose del caballo y arrodillado:

— Señor, dijo, trabajo inútil ha sido mandarme entrar en la liza, porque por cuanto el mundo tiene no combatiré por la causa que abrazado habia, una causa falsa y mala, como Dios acaba de probarlo con su juicio. Aquí me teneis, señor, á vuestra merced, á la de mi señora la emperatriz y á la del caballero desconocido, que debe ser un noble caballero, y lo publico delante de toda la córte, porque lo que hemos dicho de nuestra señora la emperatriz, es falso de toda falsedad, y lo hemos hecho impelidos por dádivas y promesas del príncipe vuestro hijo, que temia le privaseis de su heredamiento en favor del hijo que la emperatriz llevaba en sus entrañas. Por última vez, señor, y en gracia de mi confesion espontánea, os pido gracia y misericordia.

— No habrá para vos mas misericordia, replicó el emperador, que la que se digne otorgaros la emperatriz: id á invocarla, porque de ella sola depende ya vuestra vida y vuestro honor.

Levantóse Gualtero, atravesó la liza en medio de los murmullos y chicheos de la muchedumbre, y fué á arrodillarse delante de la emperatriz, que estrechaba tiernamente á su hijo entre sus brazos como una Vírgen acariciando al niño Jesus.

— Señora, la dijo, vengo por órden del emperador á que tengais misericordia de mí, porque os he acusado falsa y deslealmente: disponed de mí cuanto se os antojare.

— Amigo, dijo la emperatriz, idos en paz; no tomaré ni mandaré que se tome de vos venganza, porque Dios hará en ello su suprema voluntad. Idos, que no os vuelva á ver nunca.

Levantóse el caballero, salió, y desde aquel dia no se le volvió á ver en Alemania.

Mandó entonces el emperador que se abriese la puerta al campeon de la buena causa, y como vió que este buscaba con la vista á su adversario:

— Señor caballero, le dijo, Gualtero de Than no quiere pelear con vos: se me ha presentado invocando merced, y remitido por mí á la emperatriz, se la ha otorgado, en gracia del honor que Dios y vos la habeis restituido.

— Siendo así, corriente, dijo el conde de Barcelona, no anhelo otra cosa.

Descendió luego de su trono el emperador, y asiendo del freno el caballo del vencedor, le condujo á presencia de la emperatriz.

— Señora, aquí teneis al esforzado guerrero que tan bien ha defendido vuestra causa; va á daros una mano y otra yo para conduciros al trono en que permanecereis á vista de todos hasta que justicia sea hecha del cadáver de Gontran de Falkemburgo: despues le llevareis á vuestro palacio para hacerle todos los honores que posibles fueren, y sean susceptibles de tenerle mas tiempo entre nosotros.

Bajó la emperatriz de su tablado y quiso prosternarse á los piés del emperador; mas este la levantó al punto, y abrazándola en prueba de que recobraba todo su amor, asióla de una mano mientras el conde de Barcelona de la otra, y entre los dos la llevaron al trono, sentándose el emperador á su derecha y el vencedor á su izquierda.

Bajó en seguida el verdugo segunda vez á la liza, y acercándose al cadáver de Gontran, cortó con un cuchillo todas las correas de la armadura que le fué arrancando pieza por pieza, y que esparció por el campo, diciendo á medida que las desparramaba: Este es el casco de un cobarde; esta es la coraza de un cobarde; este es el escudo de un cobarde; hasta que estando desnudo le arrastraron en un seron los criados del verdugo por todas las calles de Colonia hasta el suplicio, donde fué colgado por los piés.

Y cada uno dijo que aquel era en efecto el juicio de Dios, porque ninguno podia comprender cómo un mancebo tan jóven podia haber dado muerte á tan terrible paladin.

IV.

CONCLUSION.

Los emperadores se llevaron al caballero á su palacio, y allí le agasajaron con grandes fiestas y honores dándole banquetes, y empeñándose en que no les abandonase tan pronto; pero por la noche se escurrió de palacio sin que nadie le atisbase, y piensando su caballo, partió con gran misterio para su tierra de Barcelona que abandonara con mas fogosidad que prudencia, y de donde no recibiera noticia alguna en dos meses.

Pero cuando al otro dia extrañó el emperador que no se le presentase el caballero, envió un ugier á su alojamiento diciendo que le aguardaba. Contestaron al mensagero que el desconocido se habia puesto en camino aquella noche, y que á aquellas horas estaria ya doce ó catorce leguas de Colonia.

Enterado el emperador de la noticia, volvióse á la emperatriz, y con voz alterada por la cólera:

— Señora, dijo, ya ois lo que ha dicho este hombre: vuestro caballero ha desaparecido sin despedirse, y accion es, ¡viven los cielos! que empaña mucho su gloria.

— Señor, respondió la emperatriz, será menor vuestro enojo cuando sepais quién era ese caballero, porque presumo que lo ignorais.

— En efecto, no me dijo mas sino que era un conde de España.

— Pues señor, el denodado caballero que por mí se ha batido es el gentil conde de Barcelona, cuya fama es tan grande que no sabria decir cuál es mas, su reputacion ó su nobleza.

— ¡Cómo! ¡será cierto que ese caballero fuera el señor Raimundo Berenguer! Por Dios, que es el honor mas insigne que recibe la corona del imperio, aunque harto caro me lo hace pagar con la vergüenza de que me cubre tan repentina partida. Así, señora, no recobrareis mi gracia ni mi amor hasta que hayais imaginado medio de restituirle á nuestro lado. Apartaos desde luego y no vuelva yo á veros si no os veo con él.

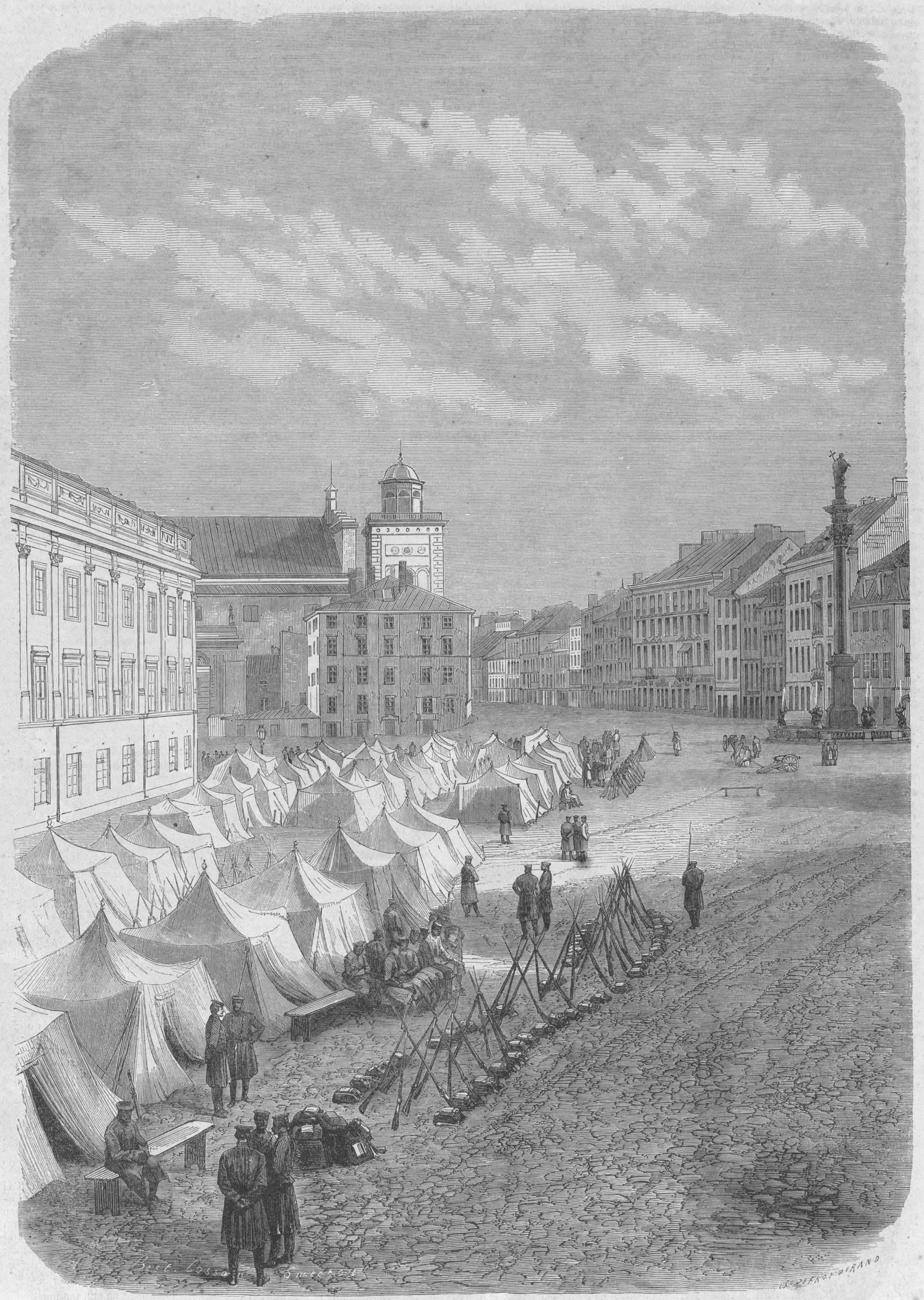
— Se hará como deseais, señor, respondió la emperatriz retirándose.

Como observara que el gentil conde de Barcelona no habia sido insensible á la belleza de la marquesa Dulce de Provenza, invitó á esta, pensando que seria la cadena que mas fácilmente sujetara al fugitivo; y designando un acompañamiento de cien caballeros, de cien damas y cien doncellas, anduvo tan diligente que á los dos meses entraba en la noble ciudad de Barcelona. El que mas se asombró cuando supo que la señora emperatriz de Alemania estaba en su ciudad, fué el conde seguramente. Y así que se hubo cerciorado de la noticia, montó á caballo y pasó al alojamiento donde la ilustre viajera se apeara. Grande fué el gozo de entrambos, y despues que la hubo besado la mano, preguntó el conde cortésmente qué aventuras la traian á su tierra.

— Señor conde, respondió Prájedes, me está prohibido volver á presencia del emperador mi esposo, si no os llevo en mi compañía; porque vos solo podeis restituirme su amor y su gracia. Cuando supo que era el gentil conde de Barcelona quien le habia hecho el honor de acudir de tan remota tierra á defenderme, y que se habia ausentado de repente, dijo que no tendria un momento de reposo hasta que os hubiera manifestado en persona su agradecimiento por el honor que dispensábais á la corona del imperio. Hé aquí, señor, el motivo de mi venida, no como emperatriz, sino como humilde sierva, á suplicaros que me acompañeis á presencia del emperador, si quereis que aun me llame emperatriz.

— Señora, contestó el conde, á vos toca mandar, obe-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Campamento de las tropas rusas en la plaza de Armas de Varsovia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

decer á mí: dispuesto estoy á seguiros adonde quisiéreis conducirme: obrad conmigo como con un vencido, un prisionero.

Y doblada una rodilla, presentó las manos como para que las encadenasen; visto lo cual por la emperatriz, se desprendió de una magnífica cadena de oro que le daba ocho vueltas al cuello, y atando un extremo al puño del conde, entregó el otro á la linda marquesa de Provenza. En poder de tan gentil carcelero, juró el conde Raimundo que no romperia ni desataria tan grata cadena sino con el consentimiento de la marquesa, quien desde luego le dió permiso para ir á preparar su viaje.

A los tres dias emprendió la emperatriz el camino de Colonia, acompañada de sus cien damas, sus cien caballeros y sus cien doncellas, llevándose al señor conde encadenado con una cadena de oro que tenia la hermosa dama de honor, y de esta suerte atravesaron el Rosellon, el Languedoc, el Delfinado, la Suiza y el Luxemburgo.

Cinco leguas antes de Colonia hallóse la comitiva con el emperador, que noticioso de la venida del conde, le salia al encuentro. Al divisar al valiente que salvara el honor de su querida esposa, echó Enrique pié á tierra, visto lo cual por Raimundo, se apresuró á hacer otro tanto, y sin soltarse de su preciosa prision, se acercó al emperador que le abrazó tiernamente, preguntándole qué don pedia en recompensa de su impagable hazaña.

—Señor, respondió el conde, deseo que os sirvais mandar que así como yo no podia romper ni desatar mi cadena sin permiso de la marquesa, ella no pueda desde hoy romperla ni desatarla sin el mio; y por ende, señor, quedaremos encadenados para siempre, y si á Dios place, no solo en este mundo, sino en el otro.

Ruborizóse Dulce de Provenza y quiso hablar; pero era feudataria del emperador, y era forzosa la obediencia á sus mandatos.

Así que, el emperador dispuso la boda para dentro de ocho dias, y tan fiel vasalla era Dulce de Provenza, que ni siquiera pensó en retardar el plazo una hora. Así fué como Raimundo Berenguer, ya conde de Barcelona, se hizo marqués de la tierra de Provenza. X.

Palacio habitado por el general Mourawieff en Vilna.

El comandante Aymard de Foucault.

El comandante francés Aymard de Foucault, nacido en Allassac (Correze) por los años de 1826, fué alumno de la escuela de Saint-Cyr, ese plantel de buenos é inteligentes oficiales.

Subteniente de húsares en 1845, hizo la campaña de Italia, y recibió, despues de la paz de Villafranca, el mando de un puesto lejano en la provincia de Oran.

Cuando la expedicion á Méjico era capitan de cazadores de Africa, y mandaba aquel puñado de jinetes colocados bajo las órdenes superiores del general de Lorencez, que se batieron incesantemente. A su llegada el general Forey condecoró al capitan Foucault por su brillante conducta, y algunos dias despues era nombrado comandante de escuadron.

El 5 de mayo de 1863, el comandante Aymard de Foucault recibió la órden de impedir que la caballeria mejicana abasteciera á Puebla, y cargó tres veces á los escuadrones mejicanos. Herido en el pecho, cayó para no volver á levantarse. V. B.

El comandante francés Aymard de Foucault, muerto en Puebla.

Celebracion de la toma de Puebla

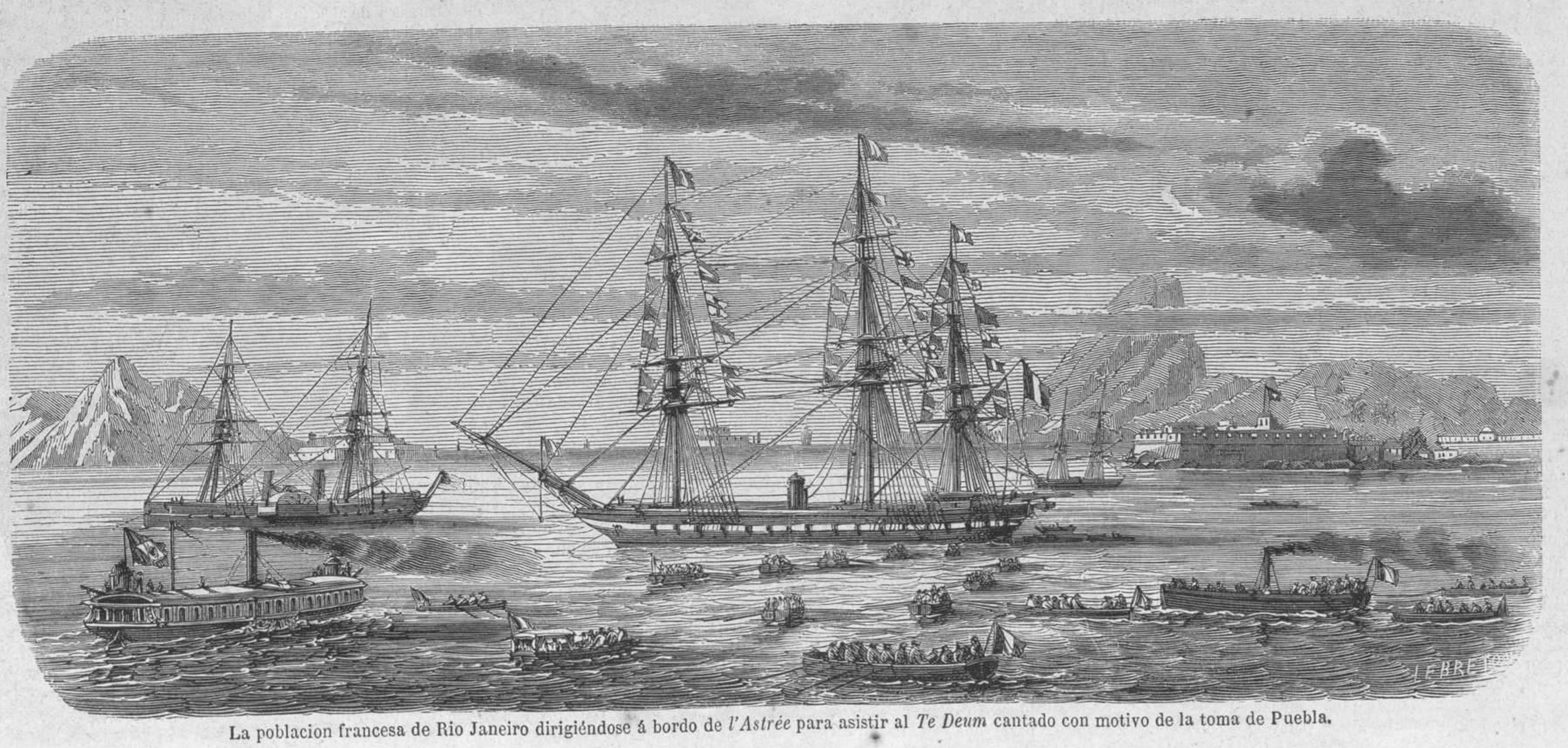
EN RIO JANEIRO.

Con fecha 8 de agosto escriben de Rio Janeiro lo siguiente:

El contra-almirante Chaigneau que manda la division naval francesa del Brasil y de la Plata, supo al llegar aquí á bordo de la fragata *l'Astrée*, la noticia de la toma de Puebla, y al punto se puso en relacion con el conde de Breda, encargado de negocios de Francia, á fin de disponer con él las medidas propias para dar cierto brillo al *Te Deum* cantado con motivo de aquel triunfo.

El domingo 21 de julio á las diez de la mañana, el conde de Breda, el secretario de la legacion, el baron de Michels y el cónsul Tauney, pasaron á bordo de *l'Astrée*, acompañados del conde de Holstein y del baron de Mesnil, agregados el primero á la legacion de Prusia, y el segundo á la de Bélgica. Estos señores, por simpatías á la Francia, á su ejército y á su marina, habian solicitado, aunque no á título oficial, el honor de asistir á aquella fiesta de familia.

Un instante despues, una multitud de embarcaciones del pais llevaban á bordo de *l'Astrée* á muchas familias francesas que se habian apresurado á responder á la invitacion que les fué dirigida


La poblacion francesa de Rio Janeiro dirigiéndose á bordo de *l'Astrée* para asistir al *Te Deum* cantado con motivo de la toma de Puebla.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

por el contra-almirante Chaigneau. A las diez y media el almirante pasó revista á la tripulacion de la fragata, y en seguida tuvo lugar el desfile. Todas las personas presentes admiraron el buen aspecto de la compañía de desembarco, llamando particularmente la atencion los jóvenes grumetes armados de carabinas que marchaban con paso firme y resuelto.

A las once se dijo la misa en un altar elevado sobre el puente delante de la escala de mando, y siguió el *Te Deum*, acompañado por la música.

Terminada la ceremonia religiosa, el almirante Chaigneau reunió en un almuerzo á los miembros de las legaciones de Francia y de Bélgica, con los comerciantes notables de la colonia francesa, el mas antiguo de los capitanes de comercio, y varios oficiales del estado mayor de la fragata.

Finalmente, durante todo el dia *l'Astrée* estuvo empavesada, y hubo salvas de veinte y un cañonazos al medio dia y por la tarde. Un tiempo magnífico favoreció esta fiesta.

En la tarde la música tocó las mejores piezas de su repertorio, y algunos jóvenes de ambos sexos improvisaron un baile que se prolongó hasta por la noche. Los visitantes se retiraron llevándose la mas favorable impresion de la fragata y de la galantería de sus oficiales.

P. P.

Revista de Paris.

¡Hé aquí el otoño, y con él las lluvias, los dias cortos y encapotados, las noches largas! Hé aquí que comienza la trasformacion de Paris; su poblacion cosmopolita se dispone á abandonarle, en tanto que los parisienses excursionistas se despiden de Baden, de Dieppe ó de los Pirineos. La córte, sin embargo, no volverá todavía á Paris; aun permanece en Biarritz, y luego pasará á Fontainebleau, donde tendrán lugar las grandes cacerías propias de la temporada. Muchos, al ejemplo de la córte, resisten fuera todo el mes de octubre, pues es de gran tono regresar tarde; pero otros se apresuran á volver en cuanto se eclipsan los rayos del sol, y ya se nota en los boulevares la presencia de muchos de estos emigrados de verano, que cuentan al aire libre sus aventuras, mientras se abren las puertas de los salones.

Un jóven parisiense buen nadador y aficionado cual ninguno á hacer proezas sobre el líquido elemento, se hallaba últimamente en uno de los establecimientos marítimos mas á la moda, y nadando con su atrevimiento de costumbre, se habia alejado mucho de la orilla. Algunas personas que le distinguieron desde la playa, se imaginaron que se habia dejado llevar demasiado de su arrojo.

— Ese hombre, á la distancia que está, debe correr un gran peligro, decian unos.

— Ciertamente, pues le faltarán las fuerzas para volver, decian otros.

Dos ó tres marinos, bañistas de profesion, creyeron observar que el desdichado nadador hacia señales pidiendo auxilio.

Al punto se echó á la mar el bote de salvamento, y los bañistas se lanzaron en socorro del jóven parisiense, que por cierto no recelaba entonces el interés que inspiraba á los ociosos.

Cuando la embarcacion iba ya á alcanzar á la supuesta víctima de una peligrosa imprudencia, el nadador molestado por los rayos del sol, metió su cabeza en el agua para refrescarse.

— ¡Se ha hundido! exclamaron los marinos.

Y uno de ellos se precipitó en las olas y agarró por el cabello al desdichado nadador, que no contando con aquella brusca acometida se resistió violentamente; pero todo fué inútil, le salvaron á pesar suyo.

El parisiense, bien sujeto, fué arrancado á las olas homicidas y trasladado al bote, donde persistieron en considerarle como medio ahogado, y bajo este concepto, principiaron por darle unas friegas de mano maestra, y luego le aplicaron todos los socorros que se deben á la invencion de la filantropía marítima.

Por mas que clamaba y se defendia como un desesperado, tuvo que sufrir el tratamiento que se usa en tales casos, entero y verdadero.

Cuando llegó á la playa la muchedumbre le contempló con la curiosidad mas viva; todos á porfía le prodigaron muestras de conmiseracion, y le amonestaron reciamente por su temeridad.

Despues acudieron los médicos, que se apoderaron de su persona disputándose sobre cuál de ellos le sangraria, le purgaria ó le plantaria unas cuantas ventosas sajadas.

Mucho trabajo le costó el libertarse de estos señores; pero no por esto sus reclamaciones obtuvieron resultado alguno, pues nadie quiso creer que le habian interrumpido en una excursion acuática agradable, y cuanto expuso sobre la materia, fué tachado de amor propio, quizá de avaricia, en atencion á que todo ello podia ser un pretexto para privar de una justa recompensa á los valerosos marinos que tan generosamente habian volado en su socorro.

El que se habia arrojado al mar aseguró que por poco es víctima de su generosa accion.

— El ahogado, dijo, como todos los que se encuentran en apuro semejante, se agarró á mi garganta, y ya veia yo el momento en que los dos desapareciamos para siempre.

El salvador cuando se expresaba de este modo alargaba la mano, y el parisiense, no obstante su despecho concentrado, tuvo que pagar el gasto de todas las averías que le hicieron sufrir. Pero hé aquí que los presentes murmuraron y dijeron que era muy poco generoso dar un par de luises no mas á un hombre que le habia salvado la vida.

— En muy poco tiene su vida ese caballero, exclamaban, cuando cree pagarla con cuarenta francos.

Sin esconderse repetian estas palabras y otras por el estilo, en voz bastante alta para que llegaran á oidos del interesado, á quien al propio tiempo todos miraban con mala cara.

Al otro dia el salvador se presentó á manifestarle que era padre de una numerosa familia, y le propuso que adoptara á uno de sus hijos, con cuyo objeto habia redactado un memorial recomendado por las autoridades de la ciudad y por un crecido número de bañistas.

El infortunado parisiense, para sustraerse á tales persecuciones, se apresuró á volver á sus hogares, y él es quien ha contado esta curiosa anécdota á uno de sus amigos, quien se ha apresurado á publicarla.

Y ya que estamos de anécdotas, hé aquí otra que seguramente despertará el interés de nuestros lectores.

Hace cosa de dos años una señora jóven y bonita volvia de un baile, y ayudada por su doncella, se quitaba sus preciosas alhajas que iba dejando sobre un pequeño piano de palo de rosa, donde se quedaban para el dia siguiente, que eran guardadas despues de limpias en sus correspondientes estuches.

Nuestra elegante jóven durmió hasta las once de la mañana, hora en que bien envuelta en una bata de lujo pasó al comedor, donde su esposo la esperaba para el almuerzo; y al volver á su habitacion encontró á su doncella muy atosigada.

— Señora, la preguntó al verla con voz trémula y dolorosamente conmovida; ¿se ha quedado Vd. con los pendientes puestos?

— No, respondió la jóven con sorpresa; ¿porqué me lo preguntas, María?

— Porque no los encuentro aquí.

— ¿Qué dices? Sin embargo, yo me los quité ayer noche.....

— ¿Se acuerda Vd. bien?

— Seguramente; recuerdo muy bien habérmelos quitado, y que se quedaron ahí con las otras alhajas.

— Pues yo los busco en vano hace media hora.

— No habrás mirado bien.

Y hablando así se puso á ayudar á la sirvienta en sus pesquisas: pero todos sus esfuerzos para descubrir los pendientes fueron inútiles; no cabia duda, habian desaparecido.

Se dieron mil vueltas y revueltas, se llamó y se interrogó á todas las personas de la casa, y esta averiguacion hizo evidente que nadie mas que María habia entrado en el aposento de la señora.

Las sospechas recaen pues sobre la infortunada jóven, sus compañeras la vigilan con atencion, y una mañana la cocinera da parte á su ama de que la víspera María ha colocado cierta cantidad de dinero en la Caja de ahorros.

¿De dónde puede tener ese dinero si no es de los pendientes de la señora?

Llaman á María, la interrogan, y comprendiendo ella que inspira recelos, se turba cuando dice que la suma que ha llevado á la Caja de ahorros, la ha sido entregada con ese fin por una tia suya, que estando enferma no podia dar ese paso personalmente.

La señora de la casa responde que eso es una fábula, y trata de intimidar á la pobre María para hacerla confesar su crímen; pero no pudiendo conseguirlo, y furiosa con lo que ella llama su hipocresía, la despide inmediatamente por ladrona.

Dos años trascurren, y teniendo que mudarse de domicilio esta señora hace algunas semanas, se sorprende cuando al sacar el piano de su habitacion oye un ruido particular, como si el instrumento se hubiera roto. Para cerciorarse de ello manda que le abran, y entonces su sorpresa se cambia en dolor viendo sus pendientes que se habian resbalado hasta debajo de las cuerdas, pues recordó al instante la desesperacion de la pobre María cuando se vió acusada.

Sin tardanza se puso á buscar á la infeliz sirvienta, á quien debia una compensacion por el mal que la habia hecho, y la encontró en la miseria y enferma, á consecuencia del golpe que la habia herido y del que todavía no habia podido reponerse. Desconsolada hasta lo sumo, la señora, con una generosidad que dice mucho en elogio de sus sentimientos, ha señalado á María una renta anual de 500 francos, suma que se ha obligado á deducir religiosamente de lo que su esposo la tiene asignado para alfileres.

La Academia francesa acaba de perder otro de sus mas ilustres miembros, M. Alfredo de Vigny, que ha fallecido al cabo de una dolorosa enfermedad á los sesenta y cuatro años.

M. Alfredo de Vigny, nacido el 27 de marzo de 1799 de una familia de militares oriunda de la Beauce, entró en un colegio de Paris, donde se aficionó con sus compañeros á la guerra, pasion que inflamaba entonces á todos los colegiales. A los diez y seis años se alistó en los mosqueteros de Luis XVIII, y le siguió á Gante durante los Cien Dias. Creyó marchar á España en 1823, pero su regimiento no salió de Francia. Disgustado de la vida de soldado, dió en 1828 su dimision para consagrarse exclusivamente á la poesía.

Ya en 1815 habia escrito dos poemas, y de 1822 á 1826 publicó varios tomos de poesías. En 1826 dió á luz su novela histórica *Cinq Mars*, que ha sido traducida en todas las lenguas. En 1832 aparecieron *Stello* y *Servidumbre y grandeza militares*, que no obtuvieron menos boga que la novela. Sus producciones teatrales fueron *Otelo*, la *Mariscala de Ancre*, y *Chatterton*.

Posteriormente á esa época, las producciones de Alfredo de Vigny fueron escasas. En 1843 publicó sus *Poemas filosóficos*, que no merecieron igual aceptacion que sus obras anteriores. En 1845 entró en la Academia, y despues no conocemos de él mas que las *Consultas del doctor negro*.

Sin embargo, M. de Vigny ha vivido siempre en el retiro, consagrando sus horas al cultivo de las letras, y por lo tanto no nos sorprende la noticia dada por los periódicos, de que ha dejado muchas obras póstumas.

Las exequias del ilustre difunto se celebraron el sábado en la iglesia de San Felipe du Roule, en presencia de una inmensa muchedumbre. Presidian el duelo el baron de Pierce, el vizconde de Peyronnet y el general Clerambault, parientes de Alfredo de Vigny, y llevaban los cordones del féretro el mariscal Magnan, M. Genteur, secretario general del ministerio de Instruccion pública, en representacion del ministro; M. Villemain, secretario perpetuo, y M. Patin, director de la Academia francesa. Sobre el féretro habian colocado la espada del difunto y su cruz de oficial de la Legion de Honor. Entre los concurrentes se distinguian las principales notabilidades literarias y artísticas de Paris. M. de Vigny fué sepultado silenciosamente en la bóveda sepulcral de su familia, pues habia prescrito entre sus últimas voluntades que no se pronunciasen discursos. Hé aquí pues en el reposo eterno una de las glorias literarias de la Francia que han suscitado en su derredor menos discusiones, menos odios, menos exageraciones en pro y en contra, no obstante que Alfredo de Vigny tiene su puesto muy marcado en el romantícismo.

Los teatros de Paris comienzan á dar señales de vida. Ya conocen nuestros lectores la lista de la compañía italiana que ha de actuar alternativamente en Paris y en Madrid, bajo la direccion de M. Bagier, el nuevo empresario de la escena parisiense. El juéves 15 de octubre se inaugurarán las funciones con la *Lucia*, segun se dice, cantada por madama Lagrange y Fraschini. Veremos si el público de esta capital se muestra tan entusiasta por estos artistas como el público madrileño.

En el teatro de la Grande Opera no se anuncia novedad alguna para este invierno; pero en cambio el Teatro Lírico despliega una actividad extraordinaria, como si quisiera probar que la subvencion que ha merecido al gobierno, despues que M. Bagier renunció á la que se destinaba á su teatro, será un gran elemento de vida para la empresa. Esta subvencion se ha concedido con ciertas condiciones, de las cuales la principal es que cada año se ejecutará una ópera de los jóvenes compositores que hayan concluido sus estudios en el extranjero, pensionados por el Conservatorio. Nada mas justo. Antes de esta reforma, ¡cuántos jóvenes de talento no han sucumbido esperando el dia en que los empresarios tuviesen á bien aceptar sus partituras!

De todos modos, M. Carvalho, que se halla al frente del Teatro Lírico, ha comenzado ya por aumentar su personal, así como la lista de obras nuevas que debe poner en escena. La apertura ha tenido lugar con las *Bodas de Fígaro*, esa obra imperecedera de Mozart, cantada con maestría por las señoras Miolan-Carvalho y Ugalde, y otra artista muy familiarizada con el repertorio italiano y muy aplaudida en diferentes paises, la Brunetti. Quizá esta circunstancia ha neutralizado algun tanto el efecto que debia producir en atencion á sus facultades; el público que frecuenta las escenas líricas francesas no es el mismo de los Italianos; está acostumbrado á otra escuela de canto, que no juzgaremos aquí, limitándonos á señalar la distincion, y por lo tanto la discordancia.

A la obra maestra de Mozart, cuyo desempeño en suma fué brillante tanto por parte de estas tres cantatrices como de los señores Lutz y Petit, que hacian sus primeras pruebas, ha sucedido la *Estatua*, de M. Reyer, donde Monjauze, el tenor favorito del Teatro Lírico, ha alcanzado su triunfo de costumbre; y en esta semana se debe estrenar el *Pescador de perlas*, de M. Bizet, jóven compositor que ha ganado un primer premio de Roma, y en cuyo talento se fundan las mas lisonjeras esperanzas.

Al mismo tiempo se está ensayando en la Opera Cómica la *Desposada del rey de Garbe*, última produccion de Scribe, terminada por M. de Saint-Georges, música de Auber.

El dia siguiente del estreno de la *Circasiana*, cuenta un famoso crítico, M. Jouvin, Auber recibia de manos de su colaborador el libretto de esta ópera, y se ponia de nuevo al trabajo.

«Me acuerdo, añade M. Jouvin, que le encontré por entonces, y como le preguntara si escribia una nueva partitura, me respondió tomándome las manos:

»— Sí, desgraciadamente; cometo esa imprudencia.»

El dicho es agudo y merece ser citado.

Efectivamente, á cada nueva produccion, Auber no deja nunca de decir:

— Lo que es esta vez, será mi última ópera.

Por fortuna no es así: el autor de la *Muda* no es en este punto tan hombre de palabra como Rossini. Mas de treinta años hace que el maestro de los maestros, como le llaman sus compatriotas, aseguró que habia concluido, y hasta ahora los hechos no le desmienten. No obstante, un folletinista italiano, el señor Pacini, acaba de romper lanzas en defensa del autor del *Barbero*, y nos hace una revelacion, que si es verídica, colmará de sorpresa y de alegría á todos los dilettanti del mundo. Segun el articulista, todo cuanto se dice contra el pobre Rossini es pura calumnia, pues jamás ha soltado la pluma de las manos, y desde el dia de su fingida retirada ha compuesto una porcion de piezas á cual mas extraordinarias. Pacini divide la vida de Rossini en tres períodos, á saber: el de las obras maestras italianas, el de las obras maestras francesas, y por último, el de las obras maestras desconocidas, que es el actual, y que á su juicio no será el menos glorioso. Nada tenemos que añadir á esta noticia, nada, sino es nuestro deseo de que sea cierta de todo punto.

MARIANO URRABIETA.

Si haces mal no esperes bien.

I.

EL RAPTO.

Era la última hora de un dia primaveral. El sol trasponia majestuosamente la montaña, nacarando con su postrer rayo las nieves de la opuesta cordillera, y dibujando en largas sombras la silueta fugaz de las cabras que ramoneaban aquí y allí entre las sinuosidades de los peñascos las hojas de los arbustos y la espinosa corteza de los cardos.

Todo era calma y silencio en aquellas agrestes soledades. Las torcaces solas, ocultas en los agujeros de las peñas, mezclaban su triste arrullo al rumor de la cascada, que como un lejano trueno se elevaba del profundo valle donde el Rimac precipita sus aguas.

De pronto, una voz dulce y penetrante exhaló un alegre grito.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

—*Mamay*, exclamó en la lengua de los incas, ¿ves las lindas flores color de oro que brillan allá abajo entre las piedras? Voy á cogerlas para tí.

Y una bella niña de cinco años, fresca, rosada y envuelta en un gracioso *anacco* descendió saltando alegremente uno de aquellos ásperos senderos. Al mismo tiempo de trás un peñasco salió una jóven india, gritando con angustioso acento:

—¡No, Cecilia, no, hija mia! Esas piedras están en el camino... ¡Oye las carreras de los soldados! Si vienen... Ahí están. Allá viene uno... Mi hija... Hija mia... ¡Oh!

En efecto, un regimiento descendió costeando la cascada.

Al llegar al valle, de una de las últimas compañías se habia separado un oficial, y llamando á un ordenanza, habiale dicho algunas palabras señalando á la niña, que á lo lejos cogia flores entre las piedras del camino.

El soldado se dirigió hácia ella á galope, y llegando á su lado, inclinóse sobre el estribo, y la arrebató en sus brazos. Mas al momento de enderezarse sobre la silla para colocar á la niña en el arzon, sintió dos manos de acero, que aferrándose á su garganta, lo derribaron en tierra.

La india habia corrido en auxilio de su hija; y teniendo la cabeza del soldado bajo su rodilla, buscaba con ojos feroces una piedra para acabar de matarlo.

Arrancó en fin un grueso guijarro; mas en el momento que lo alzaba sobre el soldado, sintióse asida por los cabellos.

El oficial que habia ordenado el rapto, arrastrándola sin piedad, la arrojó al fondo de un barranco.

Un gemido desgarrador, un gemido de madre salió del precipicio á tiempo que el oficial decia riendo:

—¡Vaya un maricon! Dejarse acogotar por una mujer. Felizmente llegué yo á tiempo... Mas... qué chistosa casualidad... Sí, aquí, en este mismo sitio, ó muy cerca debió ser donde aquella muchacha... Calla, chica, calla. ¡Oh! qué bonita es! Grandes ojos negros, cabellos sedosos, una boquita de coral. Un lindo obsequio para mi hermosa Pepa, esa malvada que se divierte en dar tortura á las almas... Calla, chica, que vas á ser muy feliz. Tendrás confites, bizcochos, y... bofetones á discrecion de manos de aquella maldita. Mariano, tómala. Galopa hasta alcanzar á los arrieros, y dí al mio que lleve esta *cholita* con el mayor cuidado, y que al llegar á Lima no vaya tontamente á entregarla en casa. Que la deje al guarda de la garita de Maravillas hasta que tú llegues. ¿Entiendes?

Y se alejó volviendo á su puesto en la marcha, mientras el soldado tomaba á galope la delantera al regimiento, llevando consigo á la niña que lloraba con un llanto desesperado. Mas sus lamentos se perdieron á lo lejos, confundiéndose luego con el gemido del viento y el ruido de las aguas, y el valle quedó en profundo silencio.

II.

LOS BANDIDOS.

La doble sombra de la noche y de la niebla comenzaba á extenderse sobre el Rimac, y el silencio del invierno reinaba todavía en los espesos jarales que lo cubren. Pero á lo lejos, hácia el camino que desciende de Chaclacayo, oíase cada vez mas distinto el cencerro de una recua.

De repente, de la oscura masa de un matorral salió un prolongado silbido.

Poco despues, tres hombres bien montados y completamente armados, saliendo de la vecina cañada, ocultaron sus caballos tras los muros desmoronados de una *huaca* y se agazaparon bajo unas matas al borde del camino.

No de allí á mucho, diez mulas cargadas de baules y maletas aparecieron escoltadas por cuatro arrieros en un recodo del camino.

Los viajeros avanzaban tranquilamente arreando con calma sus cabalgaduras, y mezclando las notas de un *yaravi* al ruido tardo de sus pasos.

De súbito, la enjaezada mula que servia de guia asida por una mano vigorosa, detuvo á la recua entera; y los arrieros viendo relucir en la sombra los anchos cañones de tres mosquetes, no necesitaron ver á los tres enormes negros que los empuñaban para escurrirse entre la maleza y desaparecer como sombras.

Los salteadores empezaron entonces la inspeccion de su presa.

—Catorce mulas, decia uno.

—Diez y ocho baules, gritaba otro.

—Tres sombrereras militares, un tercero.

—Una cholita, el cuarto.

—A tierra la chola con las sombrereras, y al monte el resto.

Dicho y hecho.

Los ladrones, montados en sus magníficos caballos, arrearon la recua hácia la cañada por donde habian venido, y un momento despues la pobre chica, abandonada, lloraba sola al borde del camino.

III.

EL PROTECTOR.

Pasadas algunas horas, y cuando los llantos de la niña eran ya solo sollozos convulsivos, un jinete que embozado en su capa de viaje y llevando una gran maleta á la grupa de su caballo, descendia á galope el mismo camino que habian traido los arrieros, detúvose de pronto, y echando pié á tierra, levantó en sus brazos á la niña.

—¿Quién te abandonó así, hija mia? preguntóla cariñosamente.

Pero el viajero hablaba una lengua que la niña no entendia, y á todas sus preguntas respondia llorando:

—¡Mamá!

—¡Pobre criatura! dijo él profundamente conmovido. No en vano invocarás ese nombre de significacion universal. Serás mi hija, y consolarás mi soledad. No sé tu nombre; pero te daré el de aquella que duerme bajo las sombras *du Pere Lachaise*.

El viajero estrechó á la niña en su seno, y con ella la memoria de esa hija muerta que recordaba.

Montó á caballo, abrigó á la chica bajo su embozo, y añadió como buen francés, *le petit mot pour rire*.

—Completé, á fe mia, mi bagaje de naturalista. Traigo en mi maleta el reino vegetal y el mineral. Hé aquí el animal. A Francia pues.

Abrazó otra vez á la niña, rió enjugándose una lágrima, y siguió á galope lo largo del solitario camino...

IV.

DOCE AÑOS DESPUES.

—Papá, decia una noche al salir del teatro una linda jóven á un coronel profusamente decorado; ¿tendré tiempo para escribir á mi hermano?

—Y de sobra, hasta mañana á las doce que zarpa el vapor.

—Escribiré esta noche para vaciar mi resentimiento y dormir tranquilamente, dijo ella haciendo una mueca.

El coronel sonrió con sorna, y besando la linda frente de la niña, dióla la mano hasta la puerta de su alcoba y se retiró.

Entrando en su cuarto, la graciosa niña sonrió á su espejo, arrojó sobre un mueble su abanico de plumas, desprendió la guirnalda de rosas que adornaba su cabeza, colgóla como un ex-voto á los piés de la Virgen que velaba su lecho, sacudió su cabellera, y abriendo por fin un secretario, escribió:

«¡Qué inmenso vacío, querido Guillermo, qué inmenso vacío en mi existencia desde que tú has partido! ¡Qué horrible es esa enfermedad del alma que se llama «echar de menos!» Los médicos se contentan con llamarla por su nombre científico. ¡*Nostalgia!* dicen ellos, muy frescos. Y si es una jóven quien sufre, entonces añaden sonriendo:

»Que lleven esta niña á Chorrillos, que se bañe, que tome el aire, que se pasee y se distraiga de todas maneras, y ello pasará.

»¡Ya! ¡como creen que las limeñas solo amamos el baile, el lujo y la disipacion!

»¡Oh! Guillermo, ¿qué castigo merece quien así nos calumnia? Yo sé uno. Daria á su corazon el dolor que tu ausencia ha dejado en el mio. Así *sentiria* como sabe amar una limeña.

»¿Y tú, hermano mio? ¡Oh! tú, es diferente! Primero, y por mas que digan, el que parte tiene mil motivos de distraccion que lo absorben y adormecen su pena. Los incidentes de á bordo, el arribo á puertos desconocidos, los rostros nuevos que se suceden sin cesar. Y luego, yo me figuro que los hermanos jamás echan de menos á sus hermanas.

«¿Qué es, en efecto, lo mas frecuentemente para nosotras un hermano? Un tirano que quiere monopolizar todos nuestros sentimientos, que nos trata con el mas crudo despotismo, que nos pospone á todo, que nos halla siempre feas, y tontas, y...

»¡Perdon, ¡oh! Guillermo querido! Confundirte á tí con esos hermanos impíos. ¡Qué atroz injusticia!

»Tú me amaste siempre con la ternura protectora de un padre y la galantería exquisita de un amante. Pero sabes que soy celosa de mis palabras, cuando despues de dos meses desde que habitas Paris has olvidado á tu hermana, y la promesa de darla, cada quincena, cuenta estrecha de tu persona.

»¡Oh! á la idea de tamaño *desacato*, por mas que taches á la frase de vulgarismo, digo con rabia: ¡qué lisura! ¡guá!

»Si un motivo serio, un amor, por ejemplo, te preocupara... Pero una fastidiosa comision del gobierno, bailes, paseos, espectáculos, frivolidades... Guillermo, para eso no hay perdon.»

La quisquillosa hermana recibió poco despues esta respuesta.

«Y bien, mi bella enojada, era un motivo serio, era un amor lo que me hacia, no olvidarte ni un solo momento, sino guardar silencio antes de darte una noticia que te colmará de gozo; noticia que nuestro padre sabia ya, y te callaba á ruego mio. Tienes ya una hermana, una hermana buena como tú, cual tú, bella como un ángel, y que te es parecida de una manera sorprendente, extraña. Escucha.

»Paseaba yo una tarde bajo las fúnebres arboledas del Padre Lachaise. El dia iba á acabar. Los rojizos rayos del sol poniente atravesaban como hebras de fuego á la espesa fronda.

»Desierto y silencioso estaba el lúgubre recinto, y las últimas ráfagas del viento de la tarde gemian como almas en pena entre las hojas de los cipreses.

»Despues que hube vagado largo tiempo en la ciudad de los muertos, y visitado las tumbas de Abelardo, Ney, Labedoyere, Foy, habiame sentado bajo el laurel que sombrea el sepulcro de Cárlos Nodier. Leyendo su epitafio, recordaba el loco entusiasmo con que allá, bajo los jazmines de tu jardin, leiste su fantástica *Hada de las Migajas*, y el crédulo empeño que te hacia correr los cerros de Amancaes en busca de la «mandrágora bella.»

»De recuerdo en recuerdo, tu imágen apareció al fin, tan viva en mi pensamiento, que involuntariamente volví los ojos buscándote en torno mio.

»Cuál seria mi asombro encontrándote á tí, á tí misma, ahí, á algunos pasos de distancia, vestida de luto y reclinada en la pilastra de una tumba.

»Sin pensar en lo que hacia, corrí á palpar la realidad de aquella vision. Pero al acercarme conocí que era solo una grande semejanza, y que yo habia incurrido en una grosera indiscrecion.

»Mas la jóven enlutada ni siquiera se apercibió de mi presencia. Con la megilla apoyada en el mármol del epitafio, tenia los ojos cerrados, y sus labios se movian lentamente. Oraba.

»En ese momento resonaron á lo lejos roncos ladridos.

»Acordéme entonces que era la hora en que el conserge suelta los formidables mastines que guardan aquel sitio durante la noche, y estremecido de espanto á la idea del peligro que amenazaba á aquella hermosa jóven, arrebatéla en mis brazos y atravesé á carrera la calle de cipreses que conducia á la puerta.

»A la brusca subitaneidad de mi accion, la jóven abriendo los ojos dió un grito de terror y se desmayó.

»En la puerta del cementerio la esperaba un coche de alquiler. Coloquéla dentro, y me senté á su lado para sostenerla.

»Mientras la prodigaba mis cuidados, contemplaba con amor la prodigiosa semejanza de aquel bello rostro con el tuyo, querida Matilde. Era tu imágen, tú misma, sin la florida lozanía que es uno de tus encantos. Ella, al contrario, delicada y cenceña, tenia en sus morenas megillas esa palidez aterciopelada que se adora en Francia, y que en Lima alarma tanto la ternura de las madres.

»Pero esa misma palidez añadia mas brillo á sus grandes ojos negros que se abrieron por fin y me recordaron mas á mi hermana, ora en su dulce sonrisa, ora en su apacible seriedad.

»Amelia es hija de un sabio viajero que consagró á la ciencia su fortuna y su vida, y murió legándola solo su nombre ilustre y su austera virtud.

»Huérfana y pobre, pero con un alma rica de poesía y sentimiento, Amelia repartió su vida entre las melodías sublimes de su piano y el fúnebre silencio del cementerio. Alma de temple fuerte, todas las cosas de la vida son sérias para ella; y en su mirada, en su voz y en su actitud, hay una expresion de melancolía dulcísima, de meditabunda gravedad, de todo ajena á las turbulentas hijas de la Francia, y que ella contrajo sin duda al aspecto solemne del desierto, bajo el velo de las árabes, allá en las lejanas regiones que recorrió con su padre.

»Tal es tu hermana. ¿No es cierto, mi linda aturdida, que te alegrarás mucho de abrazarla luego?»

JUANA MANUELA GORRITI.

(Se concluirá.)

Incendio del serrallo en Constantinopla.

Un horroroso incendio acaba de destruir el serrallo de Constantinopla, vasto y espléndido palacio, que en menos de dos horas ha quedado reducido á un monton de cenizas. Le habitaban las sultanas de Abdul-Medjid, y el fuego comenzó en la habitacion ocupada por una de ellas.

Existe en Turquía un uso singular, y es que nadie, en ningun caso, pueda penetrar en un harem de la familia imperial sin un *hatt* del sultan. El palacio ardia, y las puertas permanecian cerradas por falta del *hatt*. Fuad-bajá, que á la primera señal corrió al serrallo, quiso forzar la consigna, y fué rechazado por los eunucos que sacaron los sables, siendo menester que les diera una carga una compañía de zuavos. Pero entre tanto el incendio habia tomado tales proporciones, que todos los esfuerzos para cortarle fueron inútiles; el mismo sultan se hallaba entre los trabajadores, muy afectado con el desastre. Apenas se pudieron salvar los habitantes del palacio, con una parte insignificante de los muebles, y todo lo demás quedó destruido, hasta la hermosa biblioteca de Top-Capou, la mas famosa de la capital. La pérdida se calcula en 4.600,000 francos. Una porcion de servidores del palacio han ido á la cárcel, y se ha abierto un sumario para averiguar las causas del incendio.

Damos á nuestros lectores una vista general de este famoso edificio, cuya destruccion es una verdadera pérdida para Estambul, la parte turca de Constantinopla cuya extremidad adornaba, y la acompañaremos con algunos pormenores descriptivos que nos han parecido interesantes.

Los muros de este inmenso edificio tienen tres millas de circunferencia: á un lado tenia el mar de Mármara, al otro el Cuerno de Oro y el Bósforo batia su punta con sus olas. Desde sus kioscos escondidos en el follaje se veian pasar todas las velas que bajaban al mar Negro ó subian el mar de Mármara, y que doblaban esta punta, en tanto que misteriosamente abrigados por los plá-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Incendio del serrallo en Constantinopla : vista tomada de la embajada francesa.

tanos y los cipreses, las cúpulas, los minaretes, los arcos y las doradas agujas, solo mostraban á los viajeros sus extremidades de vivos colores.

De la ciudad se entraba en el serrallo por una puerta maciza (la Sublime Puerta), de donde provenia la denominacion del gobierno. Sabido es que la costumbre de hacer justicia á la puerta de las moradas fué general en otro tiempo, hasta en Occidente; en Oriente, aun en el dia, las mas grandes ceremonias tienen lugar á las puertas de los palacios. Casi enfrente se alza Santa Sofía, y una fuentecilla de un gusto turco-persa detiene un instante al viajero.

Por la primera puerta, unida á una série de murallas almenadas interrumpidas por torres, se penetra en un largo patio plantado de árboles, dejando á la izquierda la iglesia bizantina de Santa Irene, convertida en sala de armas y en museo de antigüedades. Despues dejando la casa de Moneda y un curioso museo de trajes antiguos á la izquierda, se llega á la segunda puerta del serrallo, que es donde exponian las cabezas de los que habian caido en desgracia, de los criminales y de los rebeldes, en tanto que el cuerpo era arrojado de noche por una tabla inclinada al mar de Mármara.

Atravesada esta puerta, se hallaba un jardin donde estaban los alojamientos y salas de estudios de los pages del serrallo, así como las habitaciones de los demás oficiales del serrallo y del harem, términos que confundimos á menudo siendo muy diferentes. Los eunucos negros y los eunucos blancos son los servidores, ó por mejor decir, los jefes del harem.

Por fin se pasa el umbral de la tercera puerta, que es donde se celebraban las ceremonias, besamanos, etc. El sultan se sentaba en un divan cubierto de una tela de oro, y los funcionarios, formados en círculo, se presentaban á besar, segun su categoría, los unos la punta de su levita negra que cubria su rico uniforme bordado de diamantes, los otros su pantalon, sus botas ó las puntas de paño de oro que caian por cada lado del divan.

Esta es la puerta del encantado harem. En medio de espesuras de rosas y jazmines, bajo un cielo trasparente, en presencia de las verdes sábanas limitadas en el horizonte por las doradas cuestas del Asia, el ojo extasiado ve surgir por do quiera pabellones de madera y de mármol, surtidores de agua, escaleras de alabastro, y todas las maravillas de los cuentos orientales. Estos pabellones esparcidos encerraban una biblioteca cincelada como un cofrecillo precioso, habitaciones enriquecidas con pinturas italianas, salas de baños, y el salon del trono de los antiguos sultanes.

En una pieza cuadrada adornada con preciosos azulejos y arabescos dorados, se alzaba en un rincon una especie de cama con dosel: era el trono. Las columnas y la cúpula de metal se hallaban cubiertas de piedras finas. Una ventana con reja dorada se abria en el interior del lecho, y por ahí los embajadores veian al sultan sin penetrar nunca en la pieza en que se hallaba.

En los aposentos del harem enseñaban á los viajeros un armario de cristales donde habia un recuerdo de cada sultan, lo que constituia una magnífica coleccion de sables, puñales, cartucheras, pistolas, resplandeciente todo ello de pedrerías. Ahora bien, de tantas riquezas no queda nada mas que un puñado de cenizas. El harem del viejo serrallo, abandonado desde la ereccion de los palacios de Tcherasan y de Mármol sobre el Bósforo, no estaba ya ocupado sucesivamente sino por las mujeres de los sultanes difuntos. En el momento del incendio le ocupaban las mujeres de Abdul-Medjid, y los eunucos se opusieron á todo socorro que habria podido hacer violar por la muchedumbre el respetado santuario. Sin duda á esta circunstancia se debe la destruccion de un monumento rodeado de agua. La civilizacion penetra con trabajo entre los musulmanes. D. M.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

La embajada annamita en Francia.

Los embajadores annamitas han llegado á Paris en la última semana. El 10 desembarcaron en Tolon, y despues de haber visitado el arsenal, volvieron á bordo del *Labrador*, que en una noche los llevó á Marsella, donde les hicieron una recepcion de la que parece han quedado muy satisfechos.

Generalmente son de corta estatura, delgados, con el cabello largo y negro (no se afeitan el pelo como los chinos), y de ojos muy negros tambien, así como su dentadura, que se ennegrecen con un tinte destinado á este fin, y en el cual entra la caparrosa. Esto es en ellos un gran lujo. Para mantener sus dientes en ese estado, mezclan nuez de areca con el betel que masticán casi constantemente, y se los frotan varias veces por dia con un polvo de tabaco. Los tres embajadores llevan vestiduras de seda adornadas con hilos de oro, y por lo regular tienen en la mano un bastoncillo de marfil, insignia de su categoría. El baston representa en efecto un gran papel en los usos de su pais, y así se nota que los jefes dan sus órdenes á los inferiores casi sin hablar, con una caña de bambú.

Al contrario de los japoneses, que se distinguian por la profusion de sus joyas, sus collares y pedrerías, los annamitas apenas llevan algunos anillos en su traje de viaje, y reservan sus alhajas y sus vestidos de ceremonia para presentarse delante del emperador, cuando hayan obtenido la audiencia que han venido á solicitar, y que no tendrá efecto hasta que la córte regrese á Paris.

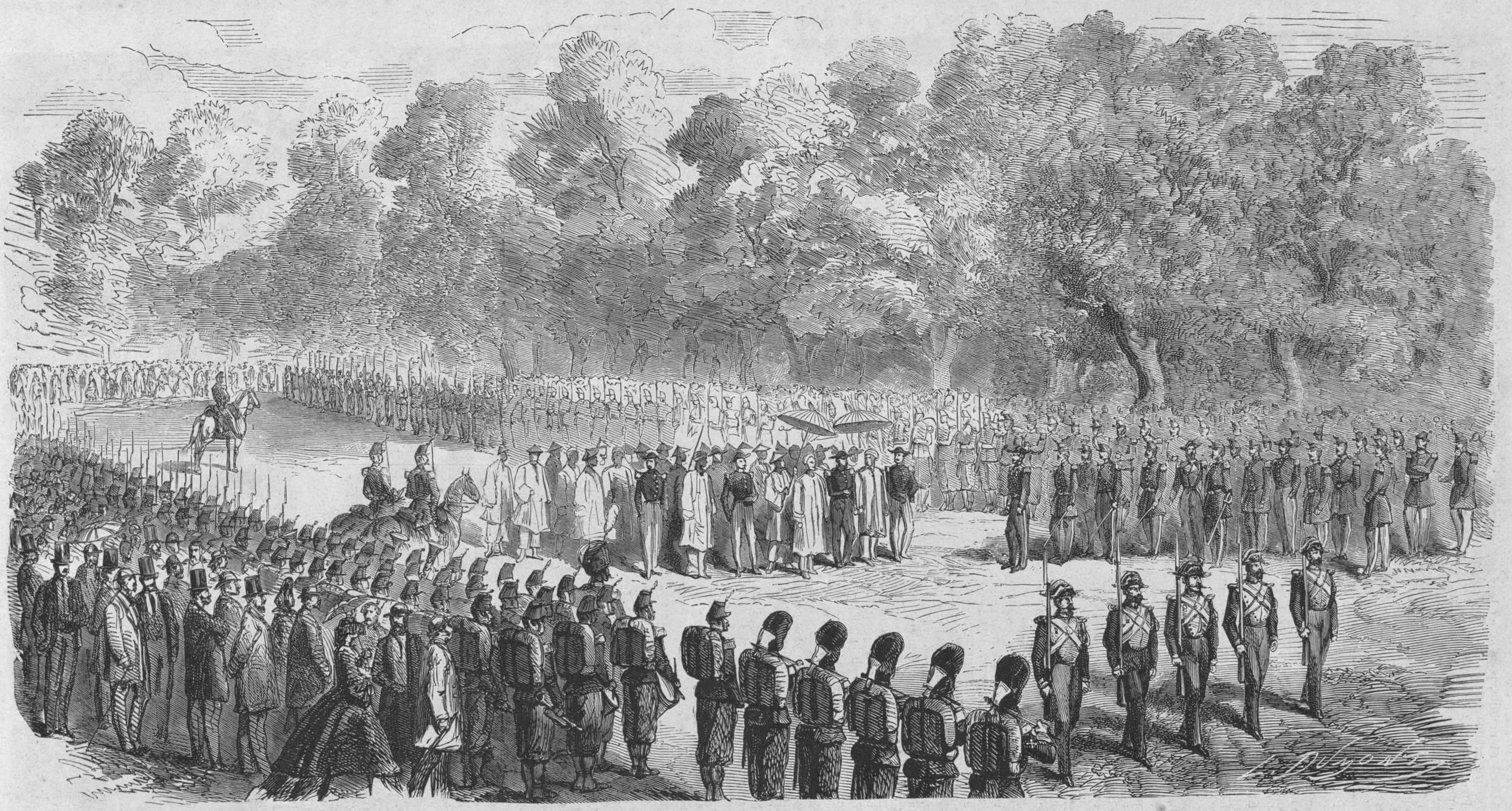
Los vestidos de todos los inferiores son de telas ligeras; y al venir á Francia no han querido perder la costumbre de su pais, que consiste en andar con los piés descalzos. Unicamente los mandarines gastan medias de seda muy gruesas, y llevan los piés calzados con zapatitos chinos muy singulares: el empeine es de paño muy recio, y la suela de fieltro, levantada á la china, tiene cinco centímetros de gruesa. Los bordados de seda de sus medias representan figuras fantásticas. Los demás marchan sobre las plantas de sus piés; pero el empedrado de Paris les obligará á adoptar un sistema menos primitivo.

El negro, que es un color aristocrático y nacional en la Cochinchina, domina en todos sus vestidos. Los pañuelos de algodon que los inferiores se acomodan á guisa de turbante, son todos negros. El tocado de los jefes es mas singular y mas pretencioso: es una especie de doble gorra de carton cubierta de seda negra, con figuras extrañas y lazos dorados; todo ello parece un casco insólito.

Su embarco y hospedaje á bordo del *Labrador* ha sido asunto delicado á causa de las cuestiones de preferencia. Así tambien para traerlos de Marsella á Paris, ha sido preciso observar escrupulosamente ciertas formalidades que probasen bien á los jefes que se les acordaba una insigne distincion. Viajaron en un tren-omnibus organizado de este modo: los embajadores, M. Aubaret, capitan de fragata, y M. Rieunier, alférez de navío, en un wagon-salon; los mandarines de un órden menos elevado en primera clase, y la comitiva en segundas y en terceras.

Sabido es que traen equipajes enormes. Sin embargo, han dejado una parte de ellos en el *Labrador*, que ha quedado á su disposicion en Tolon. Una docena de sus sirvientes han permanecido á bordo con esos bultos destinados por Tu Duc á S. M. la reina de España. En el número de los objetos que han traido á Paris, se cuentan sacos de arroz destinados al alimento de sus sirvientes, que apenas viven de otra cosa.

La embajada se compone de setenta personas, de las cuales sesenta han venido á Paris, habiendo perdido en



Llegada de los embajadores annamitas á Tolon.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Egipto un médico y un intérprete; ninguna mujer les acompaña, y no se debe juzgar por la mayoría de ellos de la raza annamita, pues como hemos insinuado ya, no representan las mas bellas muestras. La gravedad y el laconismo que los diarios del Mediodia les han echado en cara, no son propios de su carácter, sino de la solemnidad á que se ciñen en público, y sobre todo en las circunstancias en que reina la etiqueta. Su carácter es por el contrario muy alegre, y Phang-Tang-Giang, á pesar de sus sesenta y ocho años, es el viejo mas divertido que pueda verse. Los otros embajadores tienen, el segundo treinta y cuatro, y el tercero cuarenta y seis años.

Phang-Tang-Giang, el primer embajador, es el diplomático mas astuto del imperio. El fué quien hace treinta años estuvo encargado de ir á concluir en Bangkok, con el rey de Siam, un tratado acerca del Cambodge, y cinco años despues pasaba á Pekin á casa del abuelo del emperador actual en embajada extraordinaria.

El segundo embajador se llama Phan-Phu-Thu, y es un mandarin de segundo grado, primera clase.

El tercero, Nguy-Khoc-Dan, es gran mandarin de justicia en Turana.

Se hallan hospedados en un bonito hotel de los Campos Elíseos, donde han dispuesto para los tres jefes habitaciones separadas, en las cuales estarán rodeados de sus sirvientes. En la mesa se muestran al corriente de los usos franceses, y son buenos apreciadores de las cosas de cocina. Beben con gusto el vino de Champaña, pero no le quieren helado, diciendo que las bebidas frescas son peligrosas; tambien les agradan las trufas y el pescado, sobre todo el pescado seco y las sardinas.

La civilizacion parisiense no parece causarles todo el asombro que se habria podido suponer; pero es verdad que son de una raza que posee en alto grado el talento de dominar y disimular sus impresiones. Phang-Tang-Giang es, como ya hemos dicho, uno de los mas elevados dignatarios del imperio, donde desempeña las funciones de vice gran censor. Las pocas palabras que se le han oido, manifiestan su reserva oficial. A las felicitaciones de M. Mure de Pelanne, cónsul general de Francia que le recibió en Marsella al desembarcar del *Labrador*, respondió: «Dejamos hermanos en ese buque, y estamos seguros de que sereis otros hermanos para nosotros.» En su visita al arsenal de Tolon, dijo: «La Francia es una nacion bien poderosa; pero las naciones deberian ser siempre hermanas.»

Vigila personalmente en la guarda de la carta de Tu Duc á Napoleon III, carta que se halla encerrada en un precioso cofrecillo cubierto de tela encarnada y de bordados de oro. Cuando ya habia tomado asiento en su wagon, se bajó de repente para cerciorarse de que esa cajita se hallaba instalada en otro compartimiento digno de ella y rodeada de personajes escogidos. A su llegada al hotel, su primer cuidado fué tomarla y llevarla á la mesa de honor en medio del salon. Le acompaña un jóven annamita educado por los misioneros, y que habla con notable facilidad el francés, el inglés y el español.

O. F.

Don Ricardo Palma.

La condesa de Agoult, tan conocida bajo el seudónimo «Daniel Stern,» una de las mas bellas inteligencias de la Francia, ha dicho al hablar de las poesías de madama Ackermann: «Amo mas el talento por lo que es, que por lo que *hace*. En la poesía, busco al poeta.»

En Palma, el talento nos encanta por lo que es y por lo que hace. Antes de conocer sus poesías, conocimos al poeta: nos enseñó á estimarlo un cantor sublime y un ciudadano eminente — *Julio Arboleda*.

Ese jóven, tan inteligente como modesto, pertenece á la brillante generacion que ya ha aumentado el esplendor de la literatura peruana, y que se distingue por las dotes del espíritu como por las cualidades del corazon.

Palma empezó por ser poeta, y pronto, sin dejar la lira, empuñó la pluma del periodista y se lanzó en la ardiente arena de la política militante.

Desde que leimos sus primeras poesías, comprendimos que el bardo era uno de los favorecidos de las musas, y que su talento estaba realzado por los mas nobles sentimientos.

Cuando llegaron á nuestras manos sus primeras poesías publicadas en un pequeño cuaderno, en 1855, pudimos exclamar con Du Cornuau, que parece haberse inspirado en las *Armonías* y las *Meditaciones*:

Illusions, saintes chimères!
Ah! suspendez pour nous vos heures éphémères!
Durez pour embellir ou consoler nos jours;
Vous faites rayonner nos ardentes jeunesses;
Vous gardez l'étincelle à nos vertes vieillesses:
Durez, durez toujours.

Muy jóven aun, la vida del poeta del Rimac no presenta muchos incidentes. Como Gutierrez decia de Lillo hace quince años, la biografía de Palma está en el porvenir. Sin embargo, ya ha servido útilmente á su patria, á la causa americana, y ha escrito mucho en prosa y verso.

Ricardo Palma nació en Lima el 7 de febrero de 1833. Seguia sus estudios cuando empezó á darse al culto de las musas, pues se sentia poseido por tan bellas damas. En 1855, como hemos dicho, dió á la estampa en un pequeño volúmen, varios de sus cantos. En 1851 dió al teatro algunos dramas, uno de los cuales se titulaba *Rodil*. No los hemos leido; pero sabemos que el autor, cuya franqueza es digna de un hombre de mérito, los califica de detestables. Cuando asi habla el mismo dramaturgo, necio seria el crítico que acometiere la fácil y estéril tarea de publicar los defectos de tales obras.

Desde 1853, Palma se hizo periodista, y ha colaborado en diarios y revistas del Perú y de Chile. Fué redactor principal del *Liberal* en 1858, de la *Revista de Sur-América* (Valparaiso) en 1862. Actualmente redacta la *Revista de Lima*. Entre las crónicas interesantes que en esta revista ha publicado el autor, es una de las mejores LA QUERIDA DEL PIRATA, que fué reproducida en la parte literaria ilustrada del *Correo de Ultramar*.

No hace mucho tiempo que Palma dió á la estampa, en Chile, un folleto *Dos poetas*, en el cual hace un estudio de las obras de Juan María Gutierrez, afamado bardo argentino, y de la malograda Dolores Veintimilla, la Avellaneda del Ecuador. Tambien ha escrito un libro titulado: *Anales de la inquisicion en el Perú*.

Palma es oficial de la marina de guerra peruana. En mayo de 1855 naufragó en la costa del Perú, yendo á bordo del vapor de guerra *Rimac*. Entonces dió á luz una bellísima poesía dictada por las impresiones del naufragio, y que ha aumentado la reputacion del autor.

En noviembre de 1860, Palma entró en una revolucion contra el gobierno de Castilla, y fué desterrado á Chile. Desde que la libertad ha vuelto á ser respetada en aquella república, el desterrado ha podido regresar á sus hogares. Durante su permanencia en Santiago, el bardo, que es un hábil y valiente soldado de la causa de la América, tomó parte activa en la creacion de la sociedad *Union americana*.

Entre las poesías de Palma, la titulada *América* contiene algunas valientes estrofas, y está animada por un santo amor á la patria.

Siempre ella, es un grito de amor puro y ardiente, asi como es tierna y delicada la poesía *Vivo en tí*.

Los Diputados y *Pandemonium*, son poesías dignas de notarse, mas por los arranques de un corazon honrado, que por los versos.

Flor de los cielos, que Palma ha calificado de leyenda, es un precioso juguete literario, que si se presta á la crítica, tiene el mérito de la sencillez y revela chispa y vena en el autor. El asunto es fácil y la accion corre sin tropiezos. *Flor de los cielos*, hija de *Nadal*, cacique del Rimac, bella y candorosa jóven, era la prometida de *Otalí*; pero el capitan español *Hernando* la ve y se enciende de amor por ella. La incauta jóven le ama, pues el europeo le habla en un lenguaje ardiente y fascinador. Hernando seduce á la vírgen y la abandona en su deshonra. La infortunada habia casi perdido la razon, y vagaba por los campos, llevando siempre su niño entre sus brazos, fruto de aquel desgraciado amor, cuando un dia acierta á pasar un hermoso jinete por los retirados lugares que frecuentaba la infeliz mujer. El seductor, pues no era otro, reconoce á *Flor de los cielos* y quiere huir.

¡*Hernando*! ¡*Hernando*! la infelice grita,
Y él creyendo escuchar de la conciencia
La voz, al bruto con la espuela agita
Y lejos quiere huir de su presencia;
Mas al arzon asióse
La loca, y el jinete
En vano espuelas mete
Que el caballo en las zarzas enredóse;

— Apártate, liviana...
— Mi honor y el de este niño,
Fruto infeliz de tu fatal cariño,
Vuélveme, *Hernando*, y la ventura dame.
— Nunca... déjame huir... tu furia es vana.
— Huye... sí... ve; pero á la tumba, infame.

La indiana hundió un puñal en el pecho del fementido amante, y poco despues murió ella bajo el agudo puñal del dolor.

Una de las partes mas cuidadas de esa *leyenda*, es aquella en que los dos jóvenes se confiesan su mutuo amor.

El la dice: — Mi paloma,
Vuelve á decir que me amas...
Y ella: — Con tu amor inflamas
Mi ardoroso corazon;
Nosotras las que nacimos
En la América inocente,
Amamos mas tiernamente
Que las de extraña region.

Las ficciones cortesanas
Hernando, no conocemos,
Que solamente sabemos
Amar y morir de amor.
¡Cristiano! nunca la hoguera
Apagues que has encendido...
¡Antes mueras, fementido,
Que abusar de mi candor!

— ¿Olvidarte, prenda mia,
Cuando eres para mi alma
Lo que á las flores la calma,
Lo que á la vida el placer?
¿Olvidarte, si en tí quiso
Amor brindarme mi estrella?
¡Te juzgo del paraiso
Un querubin, no mujer!

Un rayo de luna ténue
Baña tu angélico rostro...
Ante tu beldad me postro
Jurándote eterna fe.
¡Qué linda estás reclinada
Sobre mis hombros, indiana!
No tan bella la mañana
En el espacio se ve.

¡Ah! ¡Cuánto te amo! Tus ojos
Deja cerrar con un beso,
Y en mi volcánico acceso
Morir entre besos mil.
Antes maldito me vea
Del cielo, FLOR DE LOS CIELOS,
Que verter de amor los duelos
En tu seno juvenil.

Rica en galas y perfume
Amorosa sensitiva,
Que tu corola reciba
Besos del aura sutil.
Regálete siempre frescas
Sus perlas la blanca aurora,
Y en tu tallo, tembladora,
Te acaricie el sol de abril.

Mas ¡ah! si cristiana fueras
Llevárate á ser mi esposa,
Por bella, por candorosa;
¿Quién mas digna que tú, quién?
Junto á tí existir no puede
La desventura inhumana;
¡Oh! ¿quién no te adora, indiana,
Como un ángel del eden?

— ¿Yo cristiana? — no, dijo ELLA,
En la religion paterna
Moriré; la luz eterna
Es, HERNANDO, la del sol.
¿No le has visto entre espirales
De zafiros y de grana,
Ostentarse en la mañana
Con su vívido arrebol?

¿Las aves no has visto entonces
Amorosas arrullarse?
¿Llegarán á preguntarse
Si es uno mismo su Dios?
La religion ¡oh! dos almas
Que se comprenden no iguale,
Dime, cristiano, ¿qué vale
Si nos amamos los dos?

Amame como el rocío
Ama á la flor delicada,
Como á la fresca cascada
Del céfiro el murmurar;
Dime: ¿se preguntan ellos
Su religion? No, mi HERNANDO;
Viven y mueren amando,
Su religion es amar.

En esa como en otras composiciones notamos algo que no nos va en talante; Palma es contemplativo, el sentimiento le inspira; pero mal inspirado por Espronceda, desconoce su propio genio, y quiere á cada paso introducir digresiones y mostrarse escéptico é irónico. Espronceda no formará escuela en esa parte, pues á pesar del ardiente númen del autor del *Diablo mundo*, sus travesuras y *tours d'esprit* huelen de lejos á Gœthe y á Byron. Palma deberia seguir su inspiracion natural: su poesía está en su corazon; y ya ha dicho Vauvernagues que del corazon nacen los mas elevados pensamientos; lo que Lamartine ha repetido bajo esta forma: «Cuando el corazon dicta, la pluma corre ligera.»

Es de advertir que hemos hablado hasta ahora de las poesías que Palma compuso á los veinte años.

Como era natural, las que ha publicado mas tarde tienen mayor mérito y la versificacion es mas cuidada. Sus *Armonías* contienen piezas dignas de un gran poeta, y solo sentimos no poseer las mejores, entre las cuales figura una consagrada á la memoria del ilustre y malogrado ARBOLEDA, vilmente asesinado por el partido que en Nueva Granada osa llamarse liberal, y que ya, entre otros grandes hechos, cuenta el de los asesinatos de *Sucre* y *Arboleda*, el del entronizamiento de las dictaduras de Obando y de Mosquera.

Como hemos indicado, de las últimas poesías de Palma solo conservamos unas pocas, y no de las mejores. A continuacion las publicamos:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ESPERANZA EN DIOS.

(TRADUCCION.)

(*Feuilles d'automne.* — V. HUGO.)

I.

¡Jóven! ¡Espera! Espera
En el mañana y siempre en el mañana...
¡No abandones la fe del porvenir!
Y cada vez que fúlgida y galana
Luzca la aurora en la celeste esfera
Y el monte dore y trasparente el valle,
De pié, de pié nos halle
A la plegaria prontos, cual Dios á bendecir.

II.

¡Pobre jóven! El amargo
Sentimiento que en tí noto
Es el hijo de tus faltas,
Es tu parte de lo odioso.
Quién sabe: permaneciendo
Por largo tiempo de hinojos,
Cuando haya Dios acabado
De bendecir generoso
A todos los inocentes,
Los arrepentidos todos,
¡Quién sabe, jóven, quién sabe,
Se acordará de nosotros!

EMPEÑO.

En el libro de tu historia
En ser yo, flor de las flores,
Página hermosa de amores
Tengo empeño;
O en ser la ilusion postrera
Que sobre tu alma vacila,
Cuando á cerrar tu pupila
Viene el sueño.

SIMILIA SIMILIBUS...

A linda niña de tez morena,
Cuyo semblante la pena atrista,
Y deshojaba con frenesí
Las blancas hojas de una azucena,
Médico materialista
Dicen que la dijo así:
— Las dolencias del amor
No se curan, alma mia,
Entregándose al dolor...
La panacea mejor
Se encuentra en la homeopatía.

Porque es tremenda locura
Que descolore el pesar
Tu angelical hermosura...
Amor con amor se cura...
¡Lo demás es delirar!

Amor va poco á poco filtrándose en el ánimo
Del infeliz mortal,
Y á dominar el pecho bastante es una dosis
Infinitesimal.

— A mi dolencia
No hay en la ciencia,
Doctor, remedio... ¡No existe, no!
Si el que es mi dueño, si el que es mi vida
De mí se olvida.....
. . . . . .
¡Y en el pañuelo la frente hundió!

FANTASIA.

¿Quién llora del destino los hórridos enojos,
Si el bien es ilusorio y el mal es realidad?
Donde soñamos flores se encuentran solo abrojos...
¿Existe algo de cierto?... ¿Será la eternidad?

En tanto que caminan veloces nuestras horas,
Rindamos holocaustos solemnes al placer:
Busquemos del presente las fiestas tentadoras,
El hoy es la mortaja que cubre nuestro ser.

¡Mañana! Ese mañana que se ama, teme y odia,
¿Tendrá para nosotros un desengaño mas?
Cuando al morir nos canten la funeral salmodia,
¿Veremos que hay un cielo del ataud detrás?

¡Oh! ¡sí!... para nosotros viajeros que anhelantes
Marchamos y marchamos de lo ideal en pos,
Hay algo que nos dice con voces incesantes
Que están tras de la tumba la eternidad y Dios.

Por eso cuando miro que no hay sobre la tierra
Mas que egoismo, dolo, miseria y corrupcion,
Mis lágrimas ahogo... la humanidad me aterra
Y estalla en carcajada salvaje el corazon.

¡Reir! ¡Reir! paloma... Ya el mundo se fastidia
De tantos que especulan llorando su afliccion;
Por eso entre mis labios siempre el sarcasmo lidia...
¡La risa es la moneda que está en circulacion!

En vano es que el poeta con afanar profundo
Del bien las armonías demande á su laud,
Si entre el rumor de orgias su voz sofoca el mundo,
Si el crímen está en alza y en baja la virtud.

Tu causa sacrosanta — ¡sublime democracia!
Pretexto es en Italia para imperial botin;
¡Señor! ¿Aun del castigo la fuente no se sacia?
¿Perdon no tendrá un dia la raza de Cain?

¡Riamos! Nada importa que el mundo esclavo gima
De pérfidos tiranos bajo el sangriento pié...
¡Bien vengas, egoismo! Mi espíritu se anima,
Al celestial influjo del mágico café.

Con él gratas visiones me trae la fantasía
De forma misteriosa, de espléndido color;
Con él como el Espíritu que el Génesis decia,
Se crea mi alma un mundo de libertad y amor.

Y en él al pueblo miro que se alza soberano,
La ley es su bandera, la libertad su altar,
Y el hombre es para el hombre hermano para hermano
Y la mujer su cielo... su genio tutelar...

Mas cesa aquel influjo del néctar perfumado;
Mi pensamiento baja del mundo que forjé,
Y exclamo cariñoso mirándote á mi lado,
¡Bendito sea el derviche que descubrió el café!

Como se ve, el bardo peruano tiene chispa, y se siente realmente inspirado por el estro. Sabemos que el afamado poeta y literato doctor don Felipe Pando y Aliaga, ha aplaudido mucho á Palma por la traduccion que ha hecho de *la Conciencia,* poesía de Victor Hugo. En efecto, el poeta americano ha interpretado dignamente al poeta francés. El lector juzgará:

I.

Airada tempestad se desataba
Cuando, vestido de salvajes pieles,
Cain con su familia caminaba
Huyendo á la justicia de Jehovah.
¡La noche iba á caer! Lenta la marcha
Al pié de una colina detuvieron,
Y á aquel hombre fatídico dijeron
Sus tristes hijos: — Descansemos ya.

II.

Duermen todos excepto el fratricida,
Que alzando sus miradas hácia el monte
Vió en el fondo del fúnebre horizonte
Un ojo fijo en él.
Se estremeció Cain, y despertando
A su familia del dormir reacio,
Cual siniestros fantasmas del espacio
Retornaron á huir ¡suerte cruel!

III.

Corrieron treinta noches y sus dias,
Y pálido, callado, sin reposo,
Sin mirar hácia atrás y tembloroso
Tierra de Assur pisó.
— ¡Reposemos aquí! Denos asilo
Este confin espléndido del suelo —
Y al sentarse, su frente elevó al cielo
¡Y allí el ojo encontró!

IV.

Entonces á Jabel, padre de aquellos
Que hoy el desierto habitan, — Haz, le dijo,
Que se arme aquí una tienda; — y el buen hijo
Armó tienda comun.
— ¿Todavía lo veis? — preguntó Tsila,
La niña de la blonda cabellera,
La de faz como el alba placentera,
Y Cain respondió: — ¡Lo veo aun!

V.

Tubal entonces dijo: — Una barrera
De bronce construiré... tras de su muro,
Padre, estarás de la vision seguro:
¡Ten confianza en mí!
Una muralla se elevó altanera,
¡Y el ojo estaba allí!

VI.

Tubalcain á fabricar se puso
Una ciudad, gigante de la tierra,
Y en tanto sus hermanos daban guerra
A la tribu de Seth y á la de Enoc.
Poblando de tinieblas la llanura
La sombra de las torres se extendia,
Y en la puerta grabó su altanería:
— *Prohibo entrar á Dios.*

VII.

Un castillo de piedra cuyo muro
A la altitud de una montaña asciende,
De la ciudad en medio se desprende
Y allí Cain entró.
Tsila llega hasta él, y palpitante,
— Padre, le dice, ¿aun no ha desparecido?
Y el anciano aterrado y conmovido
La responde: — ¡no! ¡no!

VIII.

De hoy mas quiero habitar bajo la tierra
Como en su tumba el muerto; — y presurosa
Su familia cavóle una ancha fosa
Y á ella descendió al fin:
Mas debajo esa bóveda sombría,
Debajo de esa tumba inhabitable,
El ojo estaba fiero, inexorable,
Y miraba á Cain.

Bajo el modesto título de *Crónicas,* Palma ha publicado diversas revistas, verdaderos cuadros de leyendas, que revelan en el autor las mas felices dotes, y que le abren anchos horizontes si quiere dedicarse al drama y á la novela. LIDA, crónica del siglo XVII, es todo un pequeño drama que nace, se desarrolla y se desenlaza en Lima, bajo el gobierno del marqués de Guadalcazar.

Lida era hija del conde de Barneto; era bella, virtuosa, amante. Vióla un cumplido mancebo, el capitan Abigail Gonzalez; al punto se enamoró de la hechicera jóven, y sin dificultad se vió correspondido. Felices anduvieron los amantes, pues ningun estorbo se opuso á su legítima union. Pero el enemigo estaba ahí, y pronto debia convertir en vergüenza y amargura tanta dicha y tan sincero amor.

Mientras que el capitan Gonzalez recibia órden para reunirse inmediatamente á su regimiento acantonado en el Callao, el famoso pirata holandés Jacobo L'Hermite asolaba las costas y ciudades del Perú. Esa fué la época dorada del filibusterismo. L'Hermite apercibió un dia á Lida, y juró que tan bella dama le habia de pertenecer.

Corria el 1º de junio de 1624. Era alta noche. Una dama debia pasar en una calesa, yendo de Lima al Callao. L'Hermite, acompañado de sus malsines, estaba en acecho. La calesa va rodando lenta, cuando esos bandidos se lanzan sobre ella y arrebatan á la hermosa, que es al instante trasladada á bordo de la *Nereida.*

L'Hermite requeria de amores á Lida, que era la dama sorprendida por los piratas, y ya recurria á las promesas y protestas de amor, ora apelaba á las amenazas y al insulto, cuando una sombra aparece entre las sombras — era una mujer — era Leoncia, bella jóven seducida y abandonada por el pirata, que llegaba á presenciar su venganza. L'Hermite, al oir el timbre de esa voz, que para él habia llegado á ser fatídica, le amenaza con su puñal; pero Leoncia, que estaba medio demente, lanza una carcajada y le dice: — Estais doblemente perdido: tu segundo, Schapenham, os ha hecho traicion; estais solo. Por otra parte, sabedlo ahora, al instante en que ibais á deshonrar á esa jóven: estais envenenado.

En efecto, L'Hermite cayó como herido por un rayo, mientras que Leoncia se lanzaba en medio de las olas.

Al dia siguiente, las autoridades hicieron abordar la *Nereida,* y solo hallaron un ser viviente en la cámara; — era Lida. Mil conjeturas se hicieron á cual mas ofensivas al honor de la infortunada jóven, y esta, no pudiendo hallar en su hogar la estimacion y el amor de su esposo, se refugió en un claustro, donde á poco murió.

Palma, á fuer de escritor leal, señala las variantes que ha introducido en su crónica, y las diferencias que la separan de las relaciones históricas en las *tres épocas* del cronista Córdoba; en la obra anónima sobre los *navegantes holandeses;* en los escritos de La Harpe y de Calancha.

El poeta peruano ha sido aun mas feliz en la crónica titulada JUSTOS Y PECADORES. Es esta una pieza digna de elogio por el estilo castizo y elegante en que está escrita, y por la manera como trata el asunto, verdadero episodio dramático, que bien se presta á una novela de considerables dimensiones. Hace algun tiempo que leimos ese escrito, y no teniendo de él sino algunos fragmentos, no podemos analizarlo.

Palma, hijo de sus obras, se ha labrado una brillante posicion social, á fuerza de inteligencia y de laboriosidad; y si es digno de aplauso por sus producciones políticas y literarias, mayores elogios merece por su hidalguía, su franqueza y su modestia. El poeta ilustrará su nombre con nuevas obras, y mientras tanto, nosotros le repetiremos:

Sic te diva potens Cypri!

J. M. TORRES CAICEDO.

Paris, 1863.

Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

M. JUNGHEIM: *El Valle de Lauterbrunnen.* — Este valle es una de las maravillas del Oberland, cuyos grandiosos aspectos han reproducido tan á menudo los ar-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

EXPOSICION DE 1863. — *El valle de Lauterbrunnen*, canton de Berna (Suiza), cuadro por M. Jungheim.

tistas. Un crecido número de esos sitios constituyen cuadros que no hay mas que copiar. M. Jungheim ha elegido uno de los puntos de vista mas pintorescos, aquel en que á cierta distancia antes de llegar á la aldea se distingue el valle encajonado entre dos altas paredes de rocas á pico que han sido violentamente separadas en una convulsion del globo; á la derecha la de la cascada del Staubach, y á la izquierda la que forma una de las graderías en cuya cumbre la Jungfrau oculta en las nubes sus nieves eternas. Toda una cordillera de nevados pinos que parte de la Jungfrau sirve como de fondo al verde y fresco valle. M. Jungheim ha sabido agrupar con acierto los mil accidentes de esa vasta escena. Su pintura es de un efecto armonioso; pero esa habilidad de ejecucion y esa armonía tienen algo de un poco frio y de convencional; ellas atenuan las asperezas de esa naturaleza alpestre. La pintura satisface, pero no conmueve.

M. Herzog: *Altas montañas de la Noruega.* — Pareceria muy natural que las altas montañas del globo con sus ventisqueros y sus escenas salvajes suministrasen á los pintores los mas hermosos asuntos de paisajes; pero el artista no tarda en observar la extremada dificultad que oponen la inapreciable grandeza de las proporciones y la aguda claridad de los perfiles que se destacan con crudeza en el cielo, á menos que no estén velados en parte por las nieblas. Por esta razon, al cabo de algunas tentativas infructuosas, hay pocos que persistan en luchar contra las dificultades de esos grandes espectáculos. En este dominio artístico, M. Calame reina como un rey solitario. Hoy casi todos los paisistas han desertado la pintura de los grandes Alpes; y á pesar del atractivo de la novedad y de los viajes lejanos, los ventisqueros de la Noruega nos serian probablemente desconocidos, si algunos artistas nacionales no se hubiesen tomado el trabajo de pintarlos. El público ha examina-

Altas montañas de la Noruega, cuadro por M. G. Herzog.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Paisaje en los Paises Bajos, cuadro por M. A. Achenbach.

do pues con mucha curiosidad el cuadro de M. Herzog, que reproducimos.

M. Achenbach: *Paisaje en los Paises Bajos.*—La escuela de Dusseldorf, que ha enviado muchas obras á la exposicion, está bien representada en el paisaje por M. Andrés Achenbach. Tambien M. Oswald Achenbach habia enviado tres obras notables: el *Muelle de Nápoles*, las *Orillas del mar de Nápoles*, y las *Ruinas del palacio de la reina Juana.* En este último el efecto de la luz de la tarde se halla perfectamente comprendido. El sombrio perfil de ese palacio desmantelado, situado á la orilla del mar, al pié de la colina de Pausilippo, se destaca sobre los últimos fulgores del dia. Los personajes de los primeros términos se hallan envueltos en una luz sorda y armoniosa. M. Achenbach descuella en expresar con un sentimiento verdadero y poético los vivos esplendores del sol en el ocaso; magnificencias que se diria no existen ya para la escuela moderna del paisaje.

M. Salentin, tambien de la escuela de Dusseldorf, ha expuesto dos cuadros, de los cuales el uno, la *Comitiva de la novia,* exigia necesariamente el asunto del que reproducimos; entrambos lienzos respiran un candor extraordinario. Llenos de luz y de frescura, ofrecen un dibujo correcto y elegante, y están pintados con mucha franqueza.

A. M.

Los últimos cuentos de Edgardo Poe.

(Continuacion.)

En una de las obras antedichas que pasaba por una tra-

La misa de bodas, cuadro por M. H. Salentin.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

duccion del *Infierno* del Dante, copié con hermosa letra un largo pasaje consagrado á un tal Ugolino. En otra que era una coleccion de comedias, tomé cierto número de líneas sobre *ángeles, ministros de gracia, diablillos* y demás, que copié igualmente: un tercer volúmen compuesto no sé por quién me suministró unos cincuenta versos que comenzaban por « la Cólera de Aquiles. » Por último, en el cuarto (que me acuerdo era obra de un ciego) elegí una página ó dos en que se hablaba de « granizo » y de « luz divina, » y aunque un ciego no tenga derecho á la verdad para hablar de luz, los versos eran sin embargo, muy regulares en su género.

Firmé todos estos fragmentos con el nombre sonoro de OPPODELDOC, los coloqué en sus sobres correspondientes, y los envié á nuestras cuatro primeras revistas, con una súplica para que los insertasen y los pagasen á la mayor brevedad. Por desgracia, el resultado de esta tentativa me probó que no es fácil engañar á ciertos aristarcos, y dió el golpe de gracia á mis esperanzas.

Lo cierto es, que ninguna de las revistas á que me dirigí, dejó de administrar un buen zurriagazo al señor Oppodeldoc, en la columna que lleva el epígrafe de: « Respuestas mensuales á nuestros corresponsales. »

El *Gangoso* decia:

« Oppodeldoc (sea quien quiera este caballero) nos envia una larga tirada sobre un loco que llama *Ugolino*, que tiene una porcion de muchachos á cual mas impertinentes. Su obra de la cruz á la fecha es deplorable. Oppodeldoc carece enteramente de imaginacion, la cual es el alma de la poesía. Sin embargo, tiene la audacia de pedirnos que insertemos sus tonterías y que las paguemos; no, para esto es preciso que mande sus manuscritos al *Vocinglero*, al *Caramelo* ó al *Mochuelo sabio*. »

¡Qué modo de tratar al pobre Oppodeldoc! Y esto no era nada; el desdichado halló un crítico no menos feroz en el redactor del *Vocinglero*, que se explicaba así:

« Hemos recibido una comunicacion de las mas grotescas é insolentes de un corresponsal que se firma Oppodeldoc, cubriendo así de lodo la gloriosa memoria del emperador romano de este nombre. A esta carta acompaña una série de versos, ó mejor dicho, una divagacion ridícula é incomprensible á propósito de *ángeles y ministros de gracia*... una locura. ¡Y tiene la modestia de pedirnos dinero por sus necedades!... No, señor, el original que nosotros compramos no es como ese. Dirigíos al *Gangoso*, al *Caramelo* ó al *Mochuelo sabio*. Estos *trapos-periódicos* aceptarán sin duda todos los desperdicios literarios que querais ofrecerles, y *prometerán* pagaros. »

¡Qué punzada para el pobre Oppodeldoc! Pero esta vez al menos todo el peso de la burla cae sobre las revistas enemigas, que llaman trapos-periódicos; ¡qué insulto!

El *Caramelo* no se mostró menos incisivo. Hé aquí su respuesta:

« Un individuo que se enorgullece con el seudónimo de Oppodeldoc (ilustres muertos, ¡cómo abusan de vuestros nombres!) nos ha enviado cincuenta ó sesenta versos que principian:

La cólera de Aquiles y desgracias sin fin, etc.

Advertimos á Oppodeldoc, que no hay entre los aprendices de nuestra redaccion uno solo que cada dia no componga mejores *líneas*. Las de Oppodeldoc ni tienen las sílabas necesarias; bien podria aprender á contar. El cómo se ha figurado que nosotros (¡NOSOTROS!) consentiríamos en deshonrar nuestras páginas con tales barbaridades, es un problema imposible de resolver. Sus rapsodias apenas son dignas de figurar en el *Gangoso*, el *Vocinglero* ó el *Mochuelo sabio*. ¡Y aun pretende que se le pague! ¿No sospecha Oppodeldoc que ni por las sumas mas exhorbitantes que se nos dieran publicariamos su original? »

Aun falta un poco; el *Mochuelo sabio* decia así:

« Un miserable poetastro que firma Oppodeldoc es bastante necio para imaginarse que somos capaces de insertar y pagar un exabrupto informe sin ilacion y sin gramática que nos ha enviado... Esto hace reir; y casi estamos tentados de castigarle como merece haciendo la insercion palabra por palabra. Oppodeldoc puede presentar sus composiciones al *Gangoso*, al *Caramelo* ó al *Vocinglero*, que insertan continuamente artículos no menos risibles; en cuanto á nosotros, sepa ese señor que no se nos insulta impunemente. »

¿Cómo los periódicos citados por el *Mochuelo* se callaron? Yo en su lugar le habria denunciado á la justicia. La ley que castiga los actos de crueldad contra los animales, habria permitido intentarle un proceso. En cuanto á Oppodeldoc, habia quedado tan maltratado, que ya no me inspiraba la menor simpatía. Sin duda alguna era un asno que merecia los puntapiés que le alargaban.

El resultado de mi experiencia me demostró: primero, que la probidad es la mas hábil de las políticas, y segundo, que si yo no lograba escribir mejor que el Dante y los otros señores antiguos, no seria difícil escribir peor. Cobré ánimo pues, decidido á lanzarme en el género inédito, no obstante el trabajo que me podria costar. Otra vez puse ante mis ojos á guisa de modelo las brillantes estrofas del director del *Tábano* sobre el aceite de Bob, y resolví componer sobre este tema sublime una obra que pudiese rivalizar con la otra.

El primer verso salió con bastante facilidad. Decia así:

Para cantar el aceite de Bob...

Pero despues de haber buscado los consonantes en *ob*, me quedé atascado. En mi apuro invoqué el auxilio paterno, y al cabo de algunas horas de sérias meditaciones, conseguimos entre mi padre y yo terminar de este modo el poema:

Para cantar el aceite de Bob
Se necesita la paciencia de un Job.

Firmado: SNOB.

Mi composicion no pecaba de larga; pero « aun me faltaba aprender » como dicen en la *Revista de Edimburgo*, que el mérito de una obra literaria no depende de su extension. En suma, contento de mi obra, resolví enviarla al *Caramelo*, al cabo de maduras reflexiones; y efectivamente, en el primer número que salió despues de hecho mi envio, ví con orgullo todo mi poema impreso con un encabezamiento muy lisonjero para mí y una nota en que se me pedia una entrevista personal.

Al fin me hacian justicia. Inmediatamente fui á visitar al director del *Caramelo* y tuve la suerte de encontrarle en casa. Este señor me saludó con aire de profundo respeto, mezclado de una buena dosis de admiracion paterna y protectora, inspirado sin duda por la extremada juventud y la inexperiencia que revelaba mi exterior. Me señaló una silla, y al punto entró en materia... pero la modestia me prohibe repetir sus palabras. M. Crab (así se llamaba el director) analizó mi obra con mucha franqueza y tacto, no vacilando en indicarme algunos ligeros defectos. Hablamos naturalmente de las estrofas compuestas sobre el mismo asunto por el director del *Tábano*, y ¡quiera Dios que nunca me halle yo sometido á una crítica tan incisiva como la que hizo M. Crab de aquellas estrofas! Despues se ensangrentó contra el autor; dijo que habia escrito infamias, que era un canalla; que se le debia una tragedia que habia hecho reir á todo el pais, y una comedia que habia inundado de lágrimas al universo. Su descaro habia llegado hasta el punto de hacer un epígrama contra M. Crab, en que le trataba de pollino. M. Crab me prometió que tenia las puertas del *Caramelo* abiertas de par en par, si un dia me ocurria trazar la silueta de semejante saltimbanqui.

Mi interlocutor se detuvo, y yo me aventuré á deslizar una palabrita acerca de la remuneracion que una nota impresa en la cubierta del *Caramelo* me habia hecho esperar en cambio de mis versos; con efecto, esta revista insistia sobre la costumbre de pagar á precios fabulosos los artículos recibidos, y declaraba que solia desembolsar á menudo por un solo poema de corta extension mas que sus colegas reunidos gastaban en un año.

Apenas hube yo pronunciado la palabra « remuneracion, » M. Crab abrió los ojos, luego la boca, y se quedó pasmado pasándose la mano por la frente, hasta que conclui lo que tenia que decirle.

Una vez terminado mi discurso, se hundió en su sillon con un aire muy abatido, y sus brazos cayeron inertes á cada lado del asiento, no obstante que su boca permaneciera abierta. Mientras contemplaba yo con asombro una actitud tan propia para alarmarme, se levantó de repente y se lanzó hácia el cordon de la campanilla; pero en el momento de tomarle, cambió de idea, una sonrisa disipó su ceño, y volviéndose á sentar me dijo:

— M. Bob, sois jóven, segun presumo, *muy jóven* ¿no es verdad?

Yo respondí afirmativamente, añadiendo que aun no habia cumplido mi tercer lustro.

— ¡Ah! replicó, muy bien; todo se explica ahora. Vuestras observaciones sobre remuneracion son muy justas; pero un primer artículo no se paga jamás; esto seria contrario á nuestros usos y costumbres. Ya comprendeis mi pensamiento. En estos casos, nosotros somos casi siempre los *acreedores* (M. Crab sonrió de una manera benévola, parándose en esta última palabra). Por lo general *se nos paga* por la insercion del primer ensayo — y sobre todo cuando son versos. En segundo lugar, caballero Bob, las revistas tienen establecido no pagar á lo que los franceses llaman *al contado*. — ¿Me parece que habeis comprendido mi razonamiento? A los tres ó seis meses despues de la publicacion de un artículo — y aun á un año ó dos despues — no tenemos inconveniente en dar un billete nuestro á nueve meses, siempre que hayamos tomado bien nuestras medidas para cobrar antes del fin del semestre. Espero, caballero Bob, que mi explicacion os parezca satisfactoria.

Dicho esto, M. Crab se calló, y ví que sus ojos estaban preñados de lágrimas.

Desconsolado, á pesar de estar inocente de toda premeditacion de haber causado disgusto á un hombre tan eminente y sensible, me apresuré á excusarme y tranquilizarle, manifestándole que participaba de su modo de ver las cosas y que comprendia lo delicado de su posicion, y así que hube llenado aquel deber con un discurso bastante bien arreglado, me despedí.

A poco de esta entrevista, fué ya de dia, y « al despertarme me hallé célebre » (1), y para dar una idea exacta de la extension de mi fama, nada mas á propósito que trasladar las opiniones expresadas sobre mí por los escritores del dia; opiniones que, como va á verse, se hallan consignadas en unas noticias críticas del número del *Caramelo* que contenia mi poema, y que eran tan lisonjeras como podria desearse.

La *Lechuza*, recopilacion de una sagacidad maravillosa, y apreciada por la gravedad reflexiva de sus apreciaciones, formulaba de este modo su opinion:

« ¡El *Caramelo!* El cuaderno de octubre de este delicioso « magasine » sobrepuja á los anteriores é impera sin rival. Respecto á la belleza de la impresion y del papel, al número y calidad de los grabados, y al mérito literario de los artículos, el *Caramelo*, comparado á sus rivales, está á tanta distancia de ellos, como la hay de Hyperion á un sátiro. No se puede negar que el *Gangoso*, el *Vocinglero* y el *Mochuelo sabio* son maestros en el arte de las fanfarronadas; pero en cuanto á lo demás, hablemos del *Caramelo!* Admíranos cómo esta célebre revista pueda soportar los enormes gastos que se impone. Verdad es que cuenta con una venta de cien mil números, y que el número de sus suscritores ha aumentado en una cuarta parte en el último mes; pero por otra parte, las sumas que desembolsa sin cesar por derechos de los autores, son increibles. Dícese que M. Fuibandet ha recibido treinta y siete « cientos » (1) y medio por un inimitable ensayo sobre los *Puercos*. Con M. Crab por director y con colaboradores tales como Snob y Fuibandet, puede borrarse del diccionario del *Caramelo* la palabra quiebra. ¡Id á suscribiros! »

Debo confesar que fui sorprendido de verme citado en primer lugar por una hoja tan respetable como la *Lechuza;* y colocando mi nombre, ó mejor dicho mi nombre de combate, con el del ilustre Fuibandet, se me dirigia un cumplido que me pareció tan lisonjero como merecido.

Atrajo mi atencion el párrafo siguiente que leí en el *Parásito*, revista que se distinguia por su rectitud é independencia:

« Ha visto la luz pública el cuaderno de octubre del *Caramelo:* excusado es decir que lleva mucha ventaja á las demás revistas, debido á la magnificencia de la ilustracion y al valor de sus artículos. El *Gangoso*, el *Vocinglero* y el *Mochuelo*, debemos reconocer que están considerados como maestros en el arte de las fanfarronadas; pero en cuanto á lo demás, hablemos del *Caramelo!* Nos admira cómo soporta este célebre « almacen » los enormes gastos que se impone. Cierto es que puede contar con una venta de cien mil números, y que la cifra de sus suscritores se ha aumentado en un tercio en la última quincena; pero por otra parte, las sumas que desembolsa mensualmente por derechos de autores forman un total espantoso. Sabemos que M. Morsonpouce ha recibido cincuenta cientos por su reciente « Monólogo en un mar cenagoso. »

» Entre los escritores que han enriquecido con artículos inéditos el número que tenemos á la vista, recordamos, además del eminente director M. Crab, hombres tales como Snob, Fuibandet y Morsonpouce. A excepcion de los objetos tratados por el redactor principal, el mejor trabajo, á nuestro parecer, es una perla poética de Snob, intitulada *Oda al Aceite de Bob;* pero no vayan nuestros lectores á creer que esa joya tenga la menor relacion con una necia rapsodia compuesta sobre el mismo objeto por un individuo cuyo nombre no debe pronunciarse delante de gentes que se respeten en algo: el verdadero poema sobre el aceite de Bob ha excitado una curiosidad é interés universal, y todos desean saber cuál sea el nombre que oculta el evidente seudónimo de Snob. Afortunadamente podemos aclarar este misterio: Snob es el nombre de pluma de nuestro conciudadano M. Thingum Bob, hijo del célebre M. Thingum, unido además á las mejores familias de nuestra provincia. Su padre, M. Thomas Bob, es un rico negociante de Soung. »

Estos nobles elogios hicieron palpitar mi corazon, tanto mas cuanto que emanaban de una hoja de una honradez reconocida y aun proverbial. Las palabras « necia rapsodia » con que calificaba el *Aceite de Bob* del *Tábano* me parecieron de las mas mordaces y propias. Las de « perla poética » y de « joya, » aplicadas á mi obra, me parecieron un tanto débiles. Hubiéranse podido emplear expresiones mas enérgicas; no las hallaba bastante « pronunciadas, » como decimos en Francia.

Habia apenas acabado la lectura del *Parásito*, cuando un amigo me llevó un número del *Topo*, hoja cotidiana que gozaba de alta reputacion, merced á su manera perspicaz de mirar las cosas en general, y á la franqueza y elevacion luminosa de sus artículos de fondo. El *Topo* se expresaba en los términos que va á verse respecto al *Caramelo:*

« Acabamos de recibir el cuaderno de octubre del *Caramelo*, y nuestra conciencia nos obliga á decir que jamás nos ha causado placer mas vivo la lectura aislada de un número de ninguna revista. No hablamos á la ligera. El *Gangoso*, el *Vocinglero* y el *Mochuelo sabio* envejecen en sus laureles. Estas hojas, sin la menor duda, son maestras en el arte de las fanfarronadas; pero en cuanto á lo demás, hablemos del *Caramelo*. Nos admira ver como este célebre periódico soporta los enormes gastos que se impone. Verdad es que puede contar con una venta segura de trescientos mil números, y la cifra de sus suscritores ha aumentado en una mitad en la última semana; pero tambien las sumas que desembolsa por derechos de autores son increibles. Sabemos por buen conducto que M. Groscharlatan ha cobrado setenta y dos cientos y medio por el « *Torchon*, escenas de costumbres familiares. »

» Los autores que han colaborado el presente número son M. Crab, su eminente director; Snob, Morsonpouce, Groscharlatan, etc.; pero despues de las inimitables composiciones del redactor principal, concedemos la preferencia á un verdadero diamante, debido á la pluma de un poeta que empieza á hacer que hablen de él, y se firma Snob, nombre de pluma que, nos atrevemos á

(1) Véanse las *Memorias* de lord Byron.

(1) Un ciento vale 10 céntimos.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

predecirlo, eclipsará bien pronto con su brillo la de Boz (1). Snob, segun se nos ha dicho, no es otro que M. Thingum Bob, único heredero de un rico negociante de nuestra ciudad, Thomas Bob, y pariente cercano del célebre M. Thingum. El poema en cuestion se titula el *Aceite de Bob*, título bastante desgraciado, — sea dicho de paso, — porque un despreciable pelagatos, afiliado en la prensa baja, ha disgustado á sus conciudadanos con una sandez sobre el mismo objeto. Sin embargo, no hay el menor peligro de que puedan nunca confundirse ambos escritos. »

La generosa aprobacion otorgada por un periódico tan perspicaz como el *Topo* me llenó de júbilo; solo que encontraba que en vez de « despreciable pelagatos » hubiera sido mejor poner « odioso y despreciable pelagatos, canalla y ganapan. » Creo que esto hubiera dado á la frase un giro mas gracioso. Además, se confesará que la calificacion de « verdadero diamante » no era bastante vigorosa para soportar la vehemente admiracion que inspiraba mi oda al *Topo*.

Hácia el medio dia de aquel en que habia leido estos sueltos, la casualidad hizo cayese en mis manos un ejemplar del *Segador*, hoja periódica, cuya alta inteligencia era proverbial, no sentando sus juicios sino sobre bases sólidas. Ahora bien, el *Segador* decia :

« El *Caramelo!!!* ese espléndido periódico ha publicado ya su cuaderno del mes de octubre. No nos es permitido negar la superioridad de esa recopilacion, y en adelante será sumamente ridículo que el *Mochuelo*, el *Vocinglero*, ó el *Gangoso*, continúen sus esfuerzos convulsivos en vista de una competencia imposible. Estas hojas pueden descollar en el arte de tocar el bombo; pero en cuanto á lo demás, hablemos del *Caramelo!!!* Nos admira cómo esta célebre revista consigue soportar los enormes gastos que se impone. Verdad es que tiene segura una venta de medio millon de números, — ni uno menos — y que el número de sus suscritores se ha aumentado en tres cuartas partes en los dos últimos dias; pero por otra parte, costará trabajo creer lo que desembolsa mensualmente por derechos de autores; sabemos positivamente que miss Volunpeu ha recibido ochenta y siete cientos y « medio » por su reciente y admirable cuento revolucionario intitulado : *Los voluntarios de New-York y los anti-voluntarios de Bunker-Hill.*

» Los artículos mas notables del presente número son, sin disputa, los del director, el eminente M. Crab; pero contiene además numerosos y magníficos estudios por escritores tales como Snob, miss Volunpeu, Fuibandet, madama Ment-Assez, Morsonpouce, madama Midefort y Groscharlatan, que ocupa el último lugar en nuestra lista, pero no en nuestra estimacion. ¿Dónde se hallará, en el universo entero, una reunion de genios tan brillantes?

» Por todas partes oimos elevar hasta las nubes el poema firmado Snob, que merece, si es posible, todavía mas elogios de los que recibe. Esta obra maestra de arte y de elocuencia, se intitula el *Aceile de Bob*. Tal vez, nos parece poco probable sin embargo, que uno ó dos de nuestros lectores hayan conservado un debilísimo pero si desagradabilísimo recuerdo de un poema publicado con el mismo título por un miserable gacetero de dos al cuarto, un mendigo y un maton, afiliado en calidad de cata-caldos á una de esas hojas indecentes que se imprimen en uno de los desacreditados cuarteles de nuestra ciudad : nosotros les suplicamos en nombre del cielo no confundan ambos escritos. El autor del « verdadero poema » es, segun se nos ha dicho, Thingum Bob, un caballero de genio y un sabio. Snob es un nombre guerrero ó militante. »

Trabajo me costó contener mi indignacion al recorrer las últimas líneas de esta diatriba. Para mí era evidente que el lenguaje ambiguo del *Segador*, por no decir dulzura; la indulgencia de que hacia alarde al hablar de aquel puerco, el director del *Tábano*; para mí era evidente, digo, que aquella dulzura de lenguaje provenia de su parcialidad por el *Tábano*, al que el *Segador* queria claramente vituperar á mis expensas. Cualquiera, aun cuando ese cualquiera fuese un ciego, no podia menos de observar que si el *Segador* hubiera ido de buena fe, se hubiera servido de expresiones menos vagas, mas injuriosas y mucho mas adecuadas. Las palabras *gacetero de dos al cuarto*, *mendigo*, *maton* y *cata-caldos*, son epítetos tan débiles y equívocos, que no significan nada cuando se dirigen al autor de las estancias mas execrables que haya podido componer un hijo de Adan. ¿No sabemos todos que muchas veces se zurra á las gentes bajo la apariencia de alabarlas? Y por otra parte, ¿quién no hubiera adivinado en el *Segador* el designio oculto de glorificar á mi rival valiéndose de una crítica anónima?

Pero lo que al *Segador* le placia decir respecto á este último, no me tocaba á mí calificarlo, pero sí tenia derecho de reclamar lo que á mí atañia. Despues de la noble franqueza con que habian reconocido mi mérito la *Lechuza*, el *Parásito* y el *Topo*, ¡verme tratar tan buenamente de « caballero de genio » y de « sabio » por el *Segador!* Esto era demasiado serio. Caballero de genio no era elogio. Resolví pues inmediatamente exigir al *Segador* una retractacion escrita, ó retarle.

Deseoso de ejecutar mi proyecto, pensé en buscar un padrino, y como el director del *Caramelo* me habia dado pruebas convincentes de la estimacion en que me tenia, me decidí á dirigirme á él.

Por mas que me he roto los cascos, no he podido explicarme todavía por qué tomó M. Crab un aspecto y continente rarísimos, cuando le comuniqué mis intenciones. Reprodujo la escena del cordon de la campanilla y del garrote sin omitir la del ganso, y por un instante le creí presa de un vértigo; pero acabó por serenarse como la primera vez y por expresarse y obrar razonablemente. Rehusó, sin embargo, llevar mi cartel de desafío, y me persuadió á que no hiciese semejante cosa; pero tuvo el candor de reconocer que el *Segador* habia cometido conmigo faltas imperdonables, sobre todo respecto á los epítetos de « caballero » y de « sabio. »

Al terminar ya aquella entrevista, M. Crab, que parecia ocuparse de mis intereses con una simpatía paternal, me sugirió la idea de que podia ganarme la vida honradamente y sostener mi reputacion representando á Thomas Hawk en el *Caramelo*.

Yo rogué á M. Crab me explicara cuál era aquel M. Thomas Hawk, y cómo habia de representar su papel.

Al oir esto, M. Crab abrió unos ojos incomensurables, y vuelto al fin de su profunda sorpresa, me aseguró que usaba de las palabras « Thomas Hawk » para no emplear la trivial expresion de Thommy (Tomas); pero que su idea se entendia mejor por « Tommy Hawk, » ó mas bien « tomahawk, » y que el empleo en cuestion se limitaba á desollar, insultar é injuriar de cualquier modo que fuera, á los autores que pertenecian á la categoría de pobres diablos.

Yo respondí que si no se trataba mas que de eso, me resignaba con gusto á desempeñar el papel de Thomas Hawk; y convenidos, M. Crab me mandó zurrase sin compasion al director del *Tábano*, y con tanta ferocidad cuanta mi talento me permitiese emplear; y como muestra de mi pericia, puse inmediatamente manos á la obra, y produje una crítica sobre el *Aceite de Bob*, de mi rival, que llenó treinta y seis páginas del *Caramelo*. Ví que era infinitamente mas fácil desempeñar el papel de Thomas Hawk que el de poeta, porque hilvanaba sistemáticamente lo que me parecia, sin cuidarme de la perfeccion de la obra. Hé aquí mi método : compré los *Discursos de lord Brougham*, las *Obras completas de Cobbet*, el *Nuevo vocabulario del caló*, el *Manual del burlon*, el *Diccionario de los rufianes* (edicion en fólio), y el *Ensayo sobre las lenguas*, de Lewis G. Clark.

(*Se concluirá.*)

(1) Seudónimo de Cárlos Dickens.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas de otoño. — Coleccion de telas escocesas y demás decretadas por la moda. — Los primeros vestidos que han salido á luz. — Los gustos actuales. — Las casacas y los sobretodos Luis XIV. — Confecciones nuevas. — Tocados para la caza. — El sombrero Bella Gabriela. — El sombrero María Rosa. — El sombrero Diana y el sombrero Estuardo. — Mas sombreros de calle y de paseo. — Tres tocados de soirée. — Prendidos fotografiados en los baños de mar y en Baden. — Descripcion del figurin que representa dos trajes de recepcion y de visita.

Tenemos á las modas de otoño en pleno florecimiento.

¿Qué novedades hay?

Toda una coleccion de telas escocesas y de cuadros de dos colores opuestos.

Los rasos y los terciopelos escoceses tienen tres anchos cuadros verde y azul cortados por rayas encarnadas y amarillas, y con filetes blancos.

La nutria de seda y la felpilla se cuentan tambien en el número de las telas lujosas.

En cuanto á las demás telas, se componen de motivos menudos.

Gustan mucho los dibujos pequeños que se pierden, por decirlo así, en la tela.

Salvo el género escocés, dominan los matices lisos y suaves.

Muchos vestidos de tafetan antiguo están rayados horizontalmente con bandas escocesas tejidas en la tela. Cada paño tiene de tres á cinco bandas; esto depende de la anchura de la disposicion escocesa que se destaca sobre un fondo ceniza de rosa, rubio Habana, fondo negro y azul Méjico.

Aun citaré como novedades :

Un tafetan antiguo fondo blanco con rayas Pekin, lila Puebla.

Rasos de todos colores con pájaros colibrís y del paraiso.

Un tafetan antiguo fondo blanco con abejas que reflejan el oro.

Un tafetan fondo negro con florecillas no me olvides.

Telas rayadas, seda y raso, matiz sobre matiz de todos colores.

Moirés antiguos con disposicion negra sobre fondo negro, como moscas, colibrís, etc.

Tales son las primeras novedades.

Los cuerpos se siguen haciendo á postillon ó á la Fígaro. El primero tiene una punta por detrás, y el segundo una franja con bolas que domina el pecho y rodea la cintura.

Tambien se hacen bonitos cuerpos Luis XV, altos sobre los hombros y escotados sobre el pecho.

Para una mujer bien hecha no hay nada mas lindo.

Las elegantes llevarán para paseo el traje Diana de nutria de seda violeta, azul ó Habana, con la falda lisa y la chaquetilla cortada á guisa de frac cerrada con botones oxidados representando alegorías de caza ó de sport.

La moda femenina va haciendo progresos en desenvoltura.

En Baden muchas señoras llevaban gorra, botas de hombre y sobretodo Luis XIII. La mayor parte se parecian á madama de Maintenon.

Este invierno se van á plantar la casaca que saca el actor Bressant en las *Colegialas de Saint-Cyr*. Y no hay que reirse, es la pura verdad.

La capa que se anuncia con pomposa elegancia ha sido copiada del sobretodo que usaba Luis XIV. Igual corte, los mismos bolsillos anchos, hondos y cuadrados, puestos muy abajo y muy hácia atrás en la prenda; por último, igual ribete, con la diferencia de que es negro sobre terciopelo verde, violeta ó azul.

Mucho atrevimiento se necesitará para usar esta capa.

Otras confecciones no menos originales se anuncian igualmente.

Una *Speranza* de paño verde laurel con un adorno de galones de pasamanería que parte del hombro, y marca pliegues gruesos sobre el lado.

Este mismo modelo se repite en cachemira blanco con adorno de galones de oro, y remata en una franja esmaltada de perlas de nácar.

Un *Yedo*, paletó siamés, color cabello de la reina, paño y terciopelo del Japon con pasamanería.

Una *Judía* de terciopelo y paño con anchos pliegues huecos.

Un *Carrik* de paño de terciopelo violeta y negro ó blanco y negro, figurando dos cuellos con uno solo, y adornado con franja de felpilla.

Un *Brissac*, paletó de paño articulado con bolsillos Luis XIV, adornado de pasamanería formando bordado.

Una *Rotonda escocesa* de paño de terciopelo violeta y negro con capucha.

Un *Capricho*, pequeño paletó que marca el talle con tirantes que flotan sobre el paletó.

Una *Noruega*, salida de baile con capucha que cae cuadrada sobre la cabeza, orlada con una franja de copos de nieve.

Al ofreceros los modelos que acaban de aparecer, me dirijo esta pregunta :

¿Se abrigan mis hermosas lectoras de ultramar con confecciones de paño y terciopelo?

Sea como quiera, mi mision es decir las novedades del dia.

Los trajes de caza preocupan mucho á la fashion parisiense.

La córte va á volver á Fontainebleau para cazar en la selva, y voy á indicar algunos tocados de los que se verán en esas fiestas.

Un sombrero *Bella Gabriela* con un casco muy alto, las alas ligeramente abarquilladas, de fieltro Habana, todo ello coronado con un plumero del mismo color.

Este sombrero de caza está adornado de terciopelo azul ó cereza.

Un sombrero María Rosa de fieltro negro, adornado con una media corona de plumas menudas muy juntas en torno del casco, acompañadas con un cordon de terciopelo negro.

Una gorrita de terciopelo azul, orlada enteramente de plumas blancas rizadas.

Un sombrero Diana de fieltro negro, forrado de terciopelo violeta con una larga pluma blanca sujeta con un broche de pluma azul rizada. Una franja de terciopelo violeta rodea el casco.

Un sombrero Estuardo de fieltro gris, ribeteado de terciopelo punzó con ancha cinta de terciopelo escocés, y franja de encaje negro con fleco que se anuda sobre lo alto del casco, con una escarapela de pluma de pavo real y una ancha pluma encarnada matizada de negro.

Pasemos á los sombreros de calle.

Hé aquí dos que son lindísimos para teatro.

El primero es de crespon blanco tendido adornado con dos plumas azules de avestruz que arrancan del bavolet y vienen á formar corona en el interior del ala sobre una gruesa rosa.

El otro es de crespon Emperatriz bordado de gotas de agua ó de florecillas de seda con un sauce rizado que arranca del ala y se prende en la extremidad del casco, color dalia.

En cuanto á los sombreros de paseo en carruaje, citaré uno de terciopelo tornasolado, con fondo plegado, adornado con una ancha cinta escocesa sujeta sobre lo alto del ala con una punta de terciopelo negro guarnecida de encaje.

Otro de terciopelo azul con casco Fez enroscado en un turbante de terciopelo azul que se cruza en lazo y cae en dos puntas verde y azul. Una ancha cinta azul atraviesa el ala.

En el interior adorno de terciopelo azul y bullones de tul del mismo color, sobre los cuales caen hojas de helecho.

Otro Sultana favorita de terciopelo negro con lazo de cinta purpurina y bordes negros rizados.

Una capota raso y terciopelo real color Habana, de casco rizado con dos plegados de raso guarnecidos de encaje negro. Sobre el ala hay un lazo-broche que se repite en el interior, y al borde grupos de semillas.

Me falta que describiros tres tocados.

El primero es de terciopelo azul subido en agujeta de cocas de terciopelo por un lado y formando bandó en torno de la cabeza con tres matas de yerbas muertas dispuestas en lo alto por detrás y sobre el lado izquierdo del bandó.

Un tocado Psiquis, ó pequeña corona de rosas puesta en la frente con doble banda de tul blanco y puntas flotantes.

El último describe un bandó de terciopelo negro con hojas de encaje de oro y ancha coca de blonda en la que se abriga un ramito de flores grosella. Por detrás adorno de hojas de oro de blonda blanca y de flores grosella.

Terminaremos por un conjunto de trajes que se llevan todavía en los baños de mar y en Baden.

Un vestido de gasa de Chambery compuesto de dos faldas. En el bajo de la primera doble ruche de tafetan azulado subiendo de lado en forma de faja y pasando sobre el hombro.

La segunda falda va adornada con una ruche rizada por abajo y con coronas de ruches de cinta enlazada una en otra. Tocado de tafetan azul con una gruesa rosa.

Un vestido de tafetan grosella con dos anchos entredos de guipure á medallones Chantilly, en una ruche de tafetan recortado. El cuerpo lleva tirantes de guipure y ruche recortada.

Un vestido de tarlatana blanca, toda rizada con ancho cinturon de terciopelo escocés prendido por detrás.

Un vestido de tafetan blanco con volante guarnecido por arriba de tafetan rizado y un entredos de encaje de Chantilly. Cuerpo Luis XV con hombreras altas y escotado sobre el pecho.

Tocado de reinas margaritas grosella con hojas naturales esmaltadas de gotas de rocío.

Nuestro figurin representa dos trajes elegantes.

El primero se compone de un vestido de tafetan gris plateado orlado con un rizado de tafetan verde. Sobre el dobladillo se extienden anchos lazos Watteau de distancia en distancia.

El cuerpo cerrado y abotonado en toda su altura, lleva una

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cinta verde que describe la chaquetilla española, guarnecida con un volante de Chantilly. Mangas de codo adornadas en la costura con un rizado de cinta verde, y lazo de cinta en lo alto de la manga.

Tocado de encaje negro formando Camargo por detrás, con diadema de cinta verde y puntilla de encaje.

Cuello de tafetan negro ricamente bordado de pasamanería y guarnecido de guipure negra.

El segundo traje es de tafetan Pekin rayado blanco y lila adornado hácia abajo con anchas cocas de cinta malva y blanco. Al borde del vestido hay un rizado de cinta malva.

Cuerpo escotado con cinturon Amadis, de tafetan malva. Sobre este cuerpo se puede poner una esclavina de guipure ó de encaje, ó bien de tafetan malva cruzada al lado. Esta esclavina está guarnecida con un rizado blanco y malva. Mangas de codo con doble rizado á lo largo de la costura.

Sombrero de tul malinas con bavelet de terciopelo malva y de blonda. Sobre el ala una *fanchonnette* de blonda ribeteada de terciopelo malva. Bajo esta fanchonnette hay una guirnalda de verdura con raso al lado. Sombrilla malva tórtola; guantes de Sajonia; calzado con botines de seda malva y puntas de cabritilla gris.

V. DE RENNEVILLE.

El faro de los Triagos.

El faro de los Triagos.

Damos aquí el dibujo de un faro que se halla actualmente en construccion sobre los peñascos que llaman los Triagos.

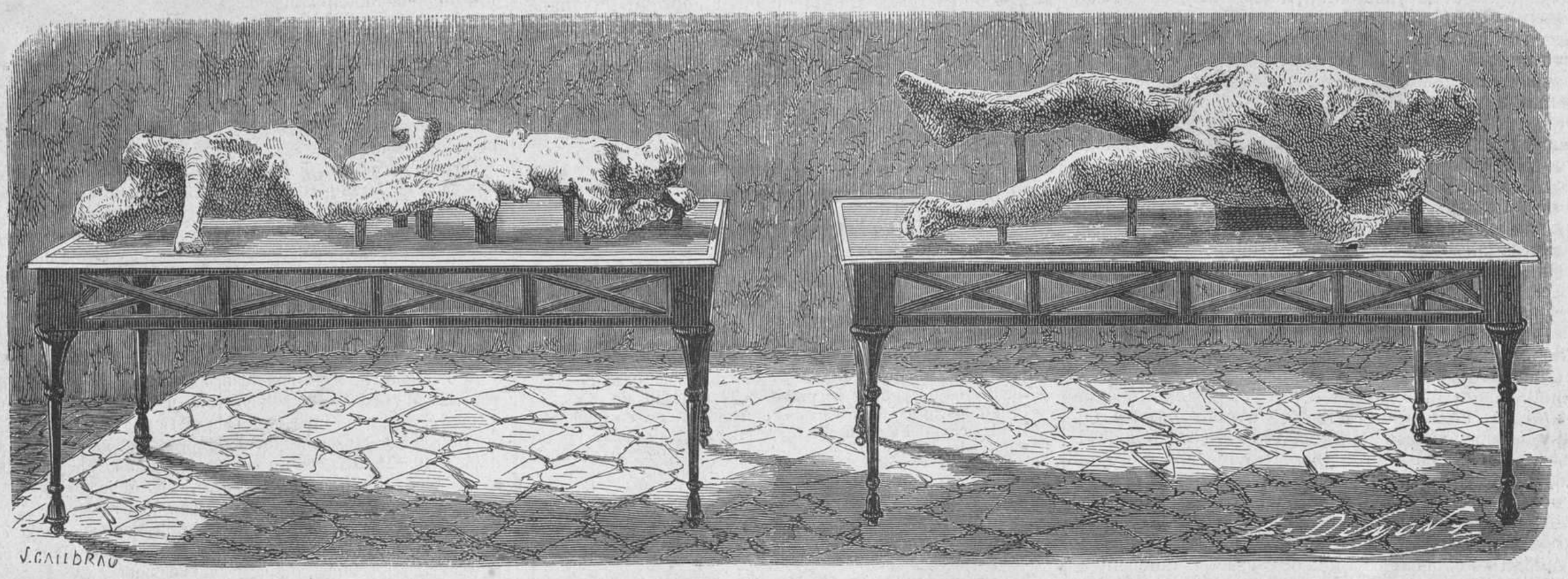
Este faro, levantado segun los planos y bajo la direccion de M. Pelaud, ingeniero de puentes y calzadas, y que ha valido á su autor, con las felicitaciones de la administracion superior, la cruz de la Legion de Honor, se comenzó hace tres años, si bien ha habido que interrumpir las obras en el invierno, porque era imposible continuarlas.

A pesar de las dificultades casi insuperables que ha sido preciso vencer para llegar á establecer la base de este hermoso monumento sobre un peñasco situado en medio del mar y contínuamente batido por las olas, pronto estará terminado, sin que hasta ahora haya habido que deplorar el menor accidente.

El faro señalará á los navegantes los temidos peñascos de los Triagos.

Estos peñascos, que se encuentran en la Mancha á diez y seis millas de la bahía de *Perros Guirec* (Costas del Norte), y sobre el paso de los buques que van á los diferentes puertos de esa parte del litoral, han sido los autores y testigos mudos de un crecido número de desgracias.

El buque extraviado que se aventuraba de noche en esos parajes, estaba perdido sin remedio. Arrastrado por las corrientes hasta el escollo, se hacia pedazos en algunos instantes, y sus restos, arrojados á la costa por la marea alta, anunciaban á los ribereños que el mar habia devorado una nueva presa. G. U.



Cadáveres encontrados en Pompeya.

Cadáveres encontrados en Pompeya.

Las excavaciones de Pompeya que se continúan sin cesar, producen cada dia nuevos y muy importantes resultados. Ya no se descubren solamente objetos preciosos, obras de arte, utensilios usuales y casas, sino hombres, habitantes de la poblacion, sepultados bajo aquel torrente de cenizas liquidas que vaciaron en cierto modo la ciudad toda.

El museo de Nápoles posee un trozo de esas cenizas, hecho sólido por el tiempo, donde se encuentra admirablemente estampada la marca del pecho de una jóven; pero se deploraba que cada vez que las excavaciones ponian á descubierto restos humanos, no se pudiesen conservar esas señales que se borraban al cambiar de sitio.

En adelante no se perderá ninguno de esos vestigios tan preciosos: hé aquí las fotografías de los vaciados de tres de los cuatro cadáveres recien descubiertos (1), y que se han podido obtener por un procedimiento muy sencillo.

Cuando en las excavaciones, de donde se sacan con mucha precaucion las cenizas y los restos de toda clase, se descubren restos humanos que pueden hacer suponer la presencia de un esqueleto é indican la posicion, se inunda cuidadosamente toda esa parte del terreno con un líquido destinado á darle consistencia (probablemente es silicato de cal).

Obtenido este resultado por medio de agujeros de sonda, arrojan yeso de vaciar muy líquido en las cavidades que rodean los huesos, y se saca así un magnífico y precioso vaciado, pues viniendo el yeso á reemplazar las carnes y los vestidos, el esqueleto se encuentra con un nuevo revestimiento, y el ser humano aparece de nuevo á nuestros ojos.

Los habitantes figurados en nuestros dibujos han sido hallados en la parte Este de la ciudad por el lado de Castellamare, en una callejuela que da á la calle de la Abundancia. Se supone que habiendo vuelto despues del primer período del desastre, probablemente para recoger algunos objetos preciosos y llevárselos, fueron sorprendidos por el torrente de cenizas y quedaron sepultados en él.

Las piernas desnudas y los vestidos replegados en medio del cuerpo, el brazo que los sujeta, el otro brazo extendido, la mano crispada, la expresion de dolor tan terrible de sus rostros (sobre todo en uno de ellos), todo indica la fuga y el horroroso fin de esos desdichados. Esos cadáveres son lo mas conmovedor que hay en Pompeya, son en cierto modo el complemento de la aterradora impresion que se siente al visitar esa ciudad muerta. A. A.

(1) El vaciado del cuarto no se hallaba terminado aun al hacer estas fotografías.

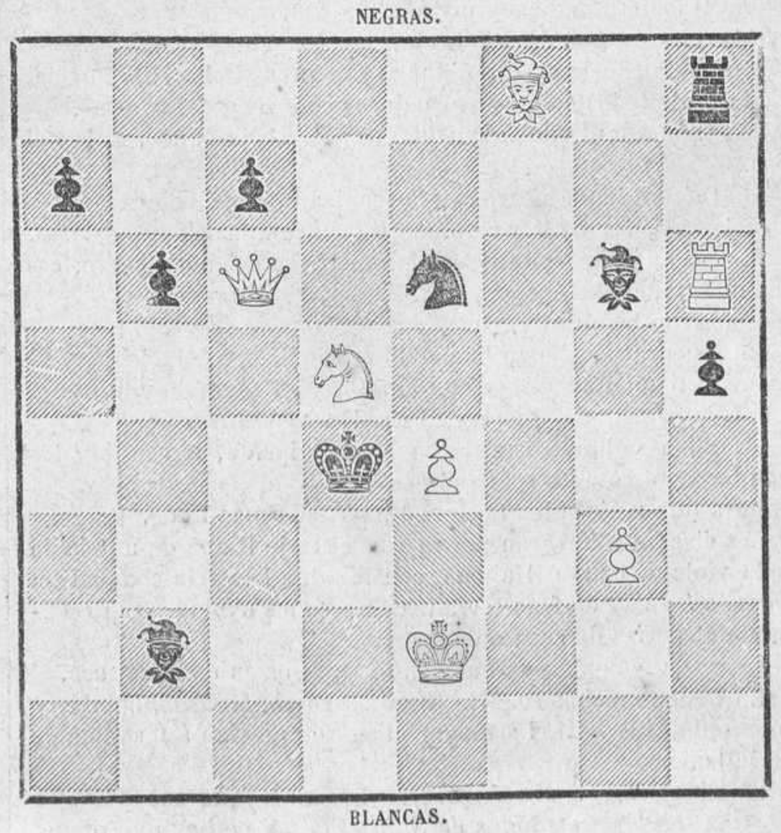
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 79.

1	T 6ª AR á 6ª Rª	P come T
2	T 3ª R jaque	R 4ª Rª
3	A 7ª R	R 4ª ARª
4	T 5ª R jaque-mate.	

PROBLEMA NUM. 80, POR M. ALBERT BARBE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

LOS EDITORES-PROPIETARIOS RESPONSABLES : X. DE LASSALLE Y MELAN. PARIS. — TIPOGRAFIA DE J. BEST, CALLE SAINT-MAUR-SAINT-GERMAIN, 15.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte